

LA MUJER DE WALTER Y OTRAS HISTORIAS



Marcello
Ferrada
de Noli

DE NOLI

La Mujer de Walter Y Otras Historias

Marcello Ferrada de Noli

Libertarian Books Europe

Bérgamo

2021, 2026

La Mujer de Walter y Otras Historias

Marcello Ferrada de Noli

Imprint: Libertas Editions

Libertarian Books Europe

Bergamo, Stockholm

2021, 2026 (2a ed.)

Online edition:

ISBN 978-91-88747-02-0

Printed edition:

ISBN 978-91-88747-20-4,

ISBN 978-91-88747-21-1

Copyright © 2021 Marcello Vittorio Ferrada de Noli

CC Attribution 4.0 International

Cover: Arte de Noli

Libertas Books · Europe



En recuerdo a los doctores Alberto Gutiérrez, Daniel Moore (QEPD), Jose Divino, Ingrid Hagerman, Luz Varela, Ove Johanson, amigos en nuestro otrora y querido Gourmet Club en Lidingö, Estocolmo

A Ivonne Fontaine Pepper

CONTENIDOS

| | |
|-------------------------------------------------------------------|----|
| EN TORNO A ESTA OBRA | 1 |
| PRÓLOGO | 8 |
| LA MUJER DE WALTER | 17 |
| Dama elegante, falda negra abierta al costado | 19 |
| Walter | 22 |
| La pintura N° 17 al fondo de la sala | 25 |
| “Unus sed leo” | 31 |
| En su departamento de Lidingö | 34 |
| Reencuentro con Walter | 37 |
| EL TENIENTE DE GENDARMERÍA Y EL CAPITÁN DE LOS FERROCARRILEROS | 43 |

| | |
|---------------------------------------------------------------------------|-----------|
| Nota del autor: | 44 |
| El teniente Vallejos, de Gendarmería | 51 |
| El capitán Sánchez, de la antigua arma de ferrocarrileros | 62 |
| Nobleza obliga | 71 |
| RENCORES INEXPLICABLES | 74 |
| Nota del autor: | 75 |
| "Abel" | 77 |
| El compañero de liceo | 82 |
| ZETA | 90 |
| Ahogándome en el mar | 92 |
| Sobre cuando, y el por qué, los humanos están más tristes que lo habitual | 105 |

| | |
|-------------------------------------------------------------------------|-----|
| Matar abrupto, muerte indolora, duelo insufrible | 108 |
| APÉNDICE 1. Mapa de Östermalm y Lidingö | 112 |
| APÉNDICE 2. La 'gallería de arte' en el cuento La Mujer de Walter | 113 |
| APÉNDICE 3. Las escaleras mecánicas de la estación Östermalm - Video | 114 |

En torno a esta obra

Esta narrativa se construye sobre una serie de reflexiones y, en ocasiones, de introspecciones, que se refieren a las fuerzas subyacentes de la experiencia humana— lo que es el hipotálamo de la vida.

Dos de las narraciones, más lo mencionado en el Prólogo, se apoyan en episodios efectivamente vividos por el autor. Estos pasajes no responden a un propósito confesional ni autobiográfico en sentido estricto, sino que funcionan como material empírico desde el cual se ensayan observaciones de alcance más general sobre la conducta humana en situaciones concretas de interacción social.

Cuando la experiencia personal aparece en estas páginas, lo hace no como fin en sí misma, sino como medio: un punto de partida para interrogar regularidades, fragilidades y zonas recurrentes del comportamiento humano que exceden con creces la biografía individual.

Dos relatos—"La mujer de Walter" y "Z"—son completamente ficticios.

Sobre estos últimos, a pesar de su invención literaria, se podría recordar –aunque paradójicamente– esta afirmación (libre interpretada por el autor) de Platón¹ en su *República*:

La ficción es en vez una forma pura de la realidad, la que se refleja en la pared ilusoria de la caverna en la que residen hombres, los animales y todos aquellos con capacidad ocular y de presentimiento.

En "La mujer de Walter", un episodio constituye una excepción a su naturaleza ficticia: el suceso relacionado con las escaleras mecánicas en la estación del Metro de Östermalm. Este hecho se relata exactamente como ocurrió en la realidad. Es un momento que se mantiene como testimonio de cómo la experiencia real puede intercalarse para generar vida a la narrativa ficticia.

Por razones de ritmo narrativo (o para acelerar la velocidad de mi escritura), en vez de inventar parajes o ciudades como Macondo, en la escenografía de las historias sobre La Mujer de Walter y de Z he

¹ Plato. *Republic. Book 7*. Agora Publications, 2001. ISBN 1-887250-25-5. Pág. 257–260.

usado los ambientes y entornos en los que viví durante mis años en Estocolmo:

Primero, en 1974, llegando directamente de Roma,² en un coche ruinoso, ruidoso y destartado (un Volkswagen escarabajo), obtuve un pequeño departamento en la calle Brahegatan, Östermalm, entrando de Vallhalavägen; de allí a una casita pareada en Akalla, típica para una *famiglia* en feliz aumento. Más tarde, entre 1988 y 1992 en Lidingö; luego en Östermalm: primero en Stryrmansgatan y finalmente, en Gärdet, hasta 2008. Varios de estos lugares ilustran los relatos de este libro, razón por la cual los menciono. (Al final del texto se encuentra un mapa de Estocolmo para mejor ubicar estos lugares y su interconexión, la que en el fondo es social y cultural, más que geográfica).

Durante mi estancia de medio siglo en Suecia, y mientras aún vivía parcialmente en Gärdet, también durante una decena de años en mi retiro rural: *Mirandas gård*, en Monkarbo, al norte de Upsala. *Mirandas gård*, que tanto añoro, marcó junto con Ystad mis últimos

² Exilado en Italia luego de estar prisionero de Pinochet en Isla Quiriquina, Chile, vivía en Roma en base a exposiciones de mi producción artística en galerías de arte --principalmente retratos y pintura abstracta figurativa.

lugares de residencia en Suecia, antes de regresar a Italia —y esta vez para siempre.

Las historias restantes, fundamentadas en testimonios personales, se sitúan en el vívido y contrastante paisaje humano de Chile. Estas narrativas se desarrollan ya sea en las estrechas calles del país o a lo largo de sus frondosas y extensas avenidas.

Sin embargo, no se limitan a estos espacios abiertos; Algunos se sitúan dentro de los límites austeros de campos de prisioneros reales u otras formas de confinamiento, metafóricas o literales.

Es dentro de estas mismas jaulas donde, paradójicamente, se experimenta y entiende el concepto de libertad de formas antes inimaginables. Los límites impuestos por tales entornos sirven no solo para restringir, sino también para iluminar las profundas dimensiones de la libertad—dimensiones que podrían permanecer ocultas en circunstancias más ordinarias.

Solo prisioneros comprendemos el significado de ser libres.

Se hace evidente que la realidad a menudo supera a la fantasía, a veces dificultando su comprensión.

La realidad es más veloz que la fantasía.

Joseph Grand, un personaje en la novela *La Peste*, de Albert Camus, fantaseaba con terminar su libro en que él estaba trabajando por años y años. Soñaría él quizás con un premio literario de envergadura, nadaría en sus sueños con un ejército de aplausos que lo seguirían en sus giras de presentación, y con admiradoras de estética elegante y cabello desatado en cascada sobre la espalda desnuda, etc., etc.

Empero, su proyecto de ser escritor --nos relata Camus-- fue alcanzado por la peste, y murió súbitamente luego de una corta agonía. Joseph Grand nunca tuvo tiempo de avanzar su manuscrito más allá de las primeras líneas de su prólogo --función que, en la búsqueda de construir una frase perfecta-- repetía una y otra vez a través de los días, acompañando su ritual con sus sueños de futuro.

La realidad es más veloz que la fantasía. Y a menudo más cruel.

Cuando filtramos la realidad a través del prisma del prejuicio, nos permitimos justificar nuestras tímidas respuestas a la verdad. A través de este proceso, nos convencemos de que este no es nuestro mundo; que vivimos en cambio dentro de una ilusión; que aquellos a quienes llamamos villanos no son completamente malos, y que

aquellos a quienes etiquetamos como buenos no son tan virtuosos como quisiéramos creer.

Prólogo

Ofelia (comentando la breve presentación de los artistas del circo):

-- "*¡Qué breve fue, mi señor!*"

Hamlet -- "*Sí, como el amor de una mujer*".

/ Shakespeare, *Hamlet*, Acto 2, escena 1

Hace ya varios años publiqué en Libertarian Books el ensayo inconcluso *The Meaning of Life*,³ el que a su vez se derivó de a un manuscrito de 1993 (*The Chalice of Love*), cuyos primeros párrafos se gestaron originalmente en Lidingö ⁴ a partir de 1989, intercalando la escritura entre los encuentros de nuestro alegre *Gourmet Klubb*.

Aquel manuscrito nació, en última instancia, de una observación de la doctora Luz Varela ⁵ --amiga desde la añorada década del 60-- , cuando entonces, al final de los 80, vivíamos vecinos en Lidingö. Aunque nuestras casas no se divisaban entre sí, ambas eran contiguas a un brazo del mar Báltico que se entromete en el archipiélago de Estocolmo, dando existencia a la isla de Bosön.⁶

La casa de mi amiga tenía parte de su estructura, como el salón, sobre el mar, incrustado tipo palafito. Por tanto, la puerta de entrada era

³ M Ferrada de Noli (2019) *The Meaning of Life*. Libertarian Books Europe, ISBN 978-91-981615-9-5

⁴ Lidingö es una isla que forma parte del área más central de Estocolmo. Se comunica con Östermalm --en el corazón de la ciudad, a través del puente Lidingöbron. Ver mapas al final de este texto

⁵ Una amiga y compañera de universidad de los tiempos de Concepción, en los sesenta.

⁶ Distrito de Lidingö, en Estocolmo.

lateral, y daba a un paisaje de playita con piedras silvestres y florcitas salvajes.

Entonces, uno de los ciclos perennes de la tierra trajo en Lidingö una nueva primavera.

Mi amiga, al abrir la puerta de su casa para salir a la playita que la circundaba, se encuentra con una escena desgarradora, tan dramática como la vida generosa que da origen a la vida, y la naturaleza que la termina con violencia:

Un pajarito de esos que pueblan el cielo cercano a los peces del mar yace herido con un ala rota y trata de dar pasitos torpes por la arena entre las piedras. Pero las piedras entre la arena le impiden avanzar. El ave está visiblemente en agonía. A su lado, un pajarito femenino –a todas luces su cónyuge, o compañera de partido, o simplemente su amante--le hace compañía y se congoja. Lo abraza con su alita femenina, lo besa con su compasión solidaria.

Otros pájaros sobrevolaban a distancia el mar que bailaba inquieto frente a la playa, celebrando la primavera. Algunos se lanzaban en picado a pescar su presa de alimento, los pececitos del archipiélago. Y entre ellos, uno también se lanza vertiginoso; pero esta será una picada de primavera...

Este pájaro, uno masculino, que se había percatado de la escena que se desarrolla en la playa con las piedras ingratas, se lanza directo hacia donde está el pajarito femenino, la que está absorta en consolar las llagas de su moribundo amado que yace a su lado.

El ave masculina se arroja sobre ella y la insemina en un instante, obedeciendo el rito procreador de una Naturaleza progenitora y despiadada. El pajarito moribundo contempla, trata de mover su otra ala para defender su honor, pero muere al mismo instante de su esfuerzo.

La pajarita seca rápidamente sus lágrimas, le da una última mirada, esta vez con aroma despectivo, al pajarito masculino inservible. Luego emprende el vuelo hacia la bandada circonvolante y migratoria por los mares del mundo, en compañía de su nuevo amante, o cónyuge, o compañero de partido. Una nueva esperanza de prosperidad alumbra desde sus ojos.

Justo en eso llego yo bajando la pendiente por el sendero de tierra.

-- Hola Marcello ¿sabes lo que ha pasado? no te imaginas. Y me cuenta todo aquello, con sus ojos húmedos y manos en ademán de tristeza.

Y todo esto, dice mi amiga, sucedió como en un instante.

Yo le digo:

Es amor a primera vista. O es vida que nace de la muerte. O es, como define –o definía– el antiguo Código Civil de Chile--la mujer debe seguir a su marido, pero obviamente solo hasta su muerte; la mujer necesita protección del marido, el que se la debe, pero obviamente solo hasta su muerte:

*Art. 102. "El matrimonio es un contrato solemne por el cual un hombre y una mujer se unen actual e indisolublemente, y por toda la vida, con el fin de vivir juntos, de procrear, y de auxiliarse mutuamente. La mujer debe obediencia a su marido y el marido debe protección a su mujer."*⁷

Luego ella me invita a tomar té con kuchen de manzanas.

La intuyo emocionada, pero no me lo dice.

⁷ Modificado por la Ley N° 18.802 (9 de junio de 1989), la frase " La mujer debe obediencia a su marido y el marido debe protección a su mujer" fue suprimida, por motivos de la igualdad entre los cónyuges.

Y en vez me habla de cómo estará el tiempo en esa tarde para la vela. Y miro mi velero fondeado al frente de su palafito, y me detengo en el cable del ancla que la imagino inmutada e inmóvil con pesadez de fierro. Como la verdad atada a la palabra de mi amiga.

Y vuelvo la mirada a la maciza mesa de roble de su comedor, que de seguro después de casi cincuenta años sigue tan maciza, como la vi en ese instante.

Y las piedras de esa playa siguen siendo piedras hasta el día de hoy y el día de mañana. Y en ese contexto de solidez mi corazón se quebró con ese relato, y para nunca más recomponer sus fragmentos, convertidos hoy en átomos de literatura.

En este nuevo intento de febrero 2026, afronto la escritura armada con la coraza y la lanza que me entregó la experiencia epidemiológica de esta última pandemia, cuyo primer impacto en Europa tuvo lugar en esta región de Italia a comienzos de 2020.

Esta vivencia me mostró la diversidad de reacciones humanas y, en realidad, dos pandemias: la viral y la humana. Me hizo pensar que no existe un único significado de la vida, sino múltiples, según la estructura de cada persona.

Que no se trataba de “el” significado de vida, sino de “los”. Que ella tiene múltiples significados para las distintas estructuras de personas --las a su vez corresponde a los distintos tipos de experiencia de aquellas, sumadas al beneficio (o carga) de sus genéticas.

Decir que esas estructuras son genéticas y adquiridas es aparentemente *un lugar común*. Pero si desdoblamos su diátesis –es decir el proceso, la historia, de cómo esas estructuras se hicieron residentes en las distintas personas que luego categorizamos en grupos de personalidad, o de ideología– eso no es un lugar común. Por el contrario: es una explicación que aún no tiene cabida en ningún lugar hasta aquí comúnmente conocido.

Porque todas las explicaciones de los caracterologizantes psicólogos que dominan la cultura de los lugares comunes, y que, a diferencia de la de los psiquiatras, son cualitativas y dependen del prisma personal que los psicólogos tienen o son capaces de tener.

La psiquiatría en cambio, como parte de la medicina, es o debería ser empírica y objetiva, y afirmada en la epidemiología psiquiátrica y del fenómeno social.

O sea, la distinción objetiva de los caracteres humanos quizás nunca se realizará fuera de las buenas intenciones soslayadas en este libro.

La Mujer de Walter

Este relato yo probablemente nunca lo habría escrito, si no fuese a causa de que recientemente me reencontré con Walter, un antiguo compañero de curso y sueños juveniles a quien no lo veía de hace años.

Walter no nació agraciado por el póker genético, y su fortuita combinación de cromosomas le habían dado una fisonomía--mirado desde la perspectiva estética del ilusorio Platón-- bastante deplorable.

El retraído Walter, en vez de sobrevivir el último ciclo del liceo y proseguir a la universidad, decidió ser marino mercante. Esto a pesar de su fuerte miopía y los consiguientes anteojos de espeso grosor que debía usar. "Serán mis catalejos", decía él, "si les doy vuelta". Lo que yo nunca pude entender.

Y lo que no importaba, pues, como se verá en esta historia, a esa edad era yo aún más crédulo, y por ende igual me lo imaginaba atisbando el horizonte en medio de la admiración de uno que otro tripulante, tan credulosos como yo.

Bueno, este es el relato:

Dama elegante de falda negra abierta al costado

Algo avanzado en mi vida adulta, yo conocí a una bella mujer, bella como todas las de cabello de cualquier color, piernas de distinta largueza, y almas de variable elasticidad. Pero además aparecía ella, y por tanto para mí era ella, muy segura de sí.

Y lo comprobó el que fue ella quien tomó la iniciativa de acercarse. Lo habrá hecho en desafío a los códigos de los salones de ese tiempo, pensé yo, a aquellos que hoy retrospectivamente se les denomina como “patriarcales”, cuando en realidad su nombre era simplemente Hipocresía.

Yo no estaba acostumbrado, por decirlo discretamente, que mujeres así cualitativas se fijaran en mí. O para ser más preciso, tampoco las de cualidad algo menor.

Para ilustrar, mi recorrido por los anchos pasillos del Metro de Estocolmo era a todas luces anónimo, a pesar de yo no ocultar mi caminar.

Las escaleras del Metro en Östermalmstorg marchaban por sí mismas, donde yo y tantos otros parecíamos objetos depositados en escalones de metal que subían o bajaban.

Como dato idiosincrático informativo, una experiencia de la vida real intercalada en este relato, contaré el siguiente insólito episodio que sucedió una mañana, alrededor de las 10 horas, en 1977:

Voy saliendo del tren en la estación *Östermalm* del metro de Estocolmo. Me encaramo en una de la doble fila de las ascendientes escaleras mecánicas.⁸ En medio del trayecto, las escaleras --paf-- se detienen...

El ruido con decibeles murmullosos se transforma en silencio sepulcral. Los centenares de viajeros quedan estáticos sobre el peldaño exacto en que se encontraban cuando la maquinaria se detuvo. Nadie se mueve. Nadie habla. A nadie se le ocurre seguir subiendo la escalera por ellos mismos, escalando los peldaños que

⁸ Ver video "Las escaleras mecánicas de Östermalmtorg" (Apéndice A).

Las escaleras suecas del metro de la estación Östermalmtorg: las dos de la izquierda mueven constantemente sus peldaños hacia arriba –pero, para evitar que los usuarios se equivoquen, se coloca un letrero bien iluminado que dice "para subir" (Upp). La escalera de la derecha mueve constantemente sus peldaños hacia abajo – pero, para evitar equívocos, se coloca un letrero bien iluminado que dice "no para subir" (Ej upp).

quedan --tratándolos como si fueran peldaños de una escalera normal.

Yo sigo subiendo con mi propia propulsión mecánica, a medida que los otros pasajeros me abren cortésmente el paso. Nadie protesta, nadie me reclama el tranco raudo hacia la salida. En realidad, nadie me mira, mientras todos ellos esperan que el movimiento mecánico se reanude.

¿Quién era yo en aquellos peldaños enigmáticos? O corolariamente, ¿quién era yo para aquellos peldaños, y para sus treinta y ocho surcos en cada uno de ellos, y para los pasajeros de porte inmóvil y estupefacto?

No por paranoia yo me consideraba --antes del episodio que narraré sobre la dama de falda negra-- un Walter anónimo en miniatura.

Walter

Sí, mi amigo Walter, agraciado con un sólido y gran corazón, pero de anteojos espesos con marco de dudoso color. Además, sin grandes dotes de sociabilidad. Y por su leve cojera, la fortuna no le sonreía entre las damas de respingada nariz que navegan por las calles del distrito Östermalm en Estocolmo.

Su suerte me ponía incómodo sin saber por qué, puesto que yo en el fondo, *innerst inne*, sabía que así no era. Que en la superficie del fondo quizás yo no estaría, o no debería estar, tan olvidado por las rosas de ese jardín, como era el caso de mi buen y dulce amigo Walter. Y así trataba yo de conformarme, mientras caminaba entre las espinas de la muchedumbre –la que pasaba por mi lado negándose a darme alguna mirada de confirmación Cartesiana, nada de *me miran, luego existo*.

Entonces yo tenía más de treinta y cinco años. A pesar de ya haber disfrutado en mi cercanía el aroma esencial de la mujer, seguía cauteloso –o la cautela escondía mi timidez. Quizás porque entonces no había aprendido, o no me había atrevido a aprender, a mirar a los ojos con la sabiduría que se requiere para entender si ellos me estaban mirando a mí.

O a lo mejor era simplemente más retraído de lo que corresponde. A lo mejor tenía la timidez del mordido tempranamente, como el sujeto del proverbio “*once bitten, twice shy*” [en el contexto: una vez mordido, doblemente asustado].

Bueno, en vez de “para ser más preciso” me encantaría decir, “para ser más veraz”, o “más franco”. Pero el problema sería primero definir qué es la verdad, sin tratar de mentir como los textos de Kant u otros cautivantes diccionarios de moral.

O, alternativamente, encontrar un método en que la franqueza — que no es otra cosa que una elaborada forma de auto apreciación— logre escaparse de todo lo subjetivo que la compone. O sea, cometido imposible.

Pero así fue. Todo sucedió en medio del aburrido vernissage de una exposición de mis pinturas organizado por la vanidad de mis amigos suecos. Ellos estaban explícitamente interesados en que yo exhibiera, entre mis piezas de creatividad libre, los retratos que yo había pintado de ellos en años anteriores.

Querrían quizás, algunos entre mis amigos suecos, ser vistos hoy como se veían antes. Eso ocurre entre los que consideran traicioneros a los tenues surcos de la vida, despectivamente referidas como ‘arrugas’, y que en la oportunidad del retrato aún no aparecían en sus caras. Yo agregaría, aún no visibles. Y explicaría,

además, cuando aún no habían terminado su viaje que va desde su alma hasta sus rostros.

Qué extraño, pensaba yo, mientras miraba las líneas que la vida nos trazó en las palmas de las manos, y que no cambian ni cambiarán nunca. Y quizás por eso fueron diseñadas para permanecer en las palmas, que de nuestras manos es su parte oculta.

Y qué extraño llamar signos de vejez a lo que son pruebas de una misma vida. Primavera existe en el mismo ciclo que será invierno, juventud en la misma vida que será madurez. No son ríos con orillas diferentes sino aguas de un mismo caudal. Existimos por lo que hemos sido y seremos en lo que seamos capaces de dejar. Dejaremos lo que procreamos.

Y un pedazo de sueño o de recuerdo plasmado en algunas de estas pinturas, y en esos retratos, también seremos nosotros para la eternidad, seguía yo divagando en asociaciones libres. Que es lo que en vez presentamos al mundo como reflexiones.

La pintura N° 17 al fondo de la sala

Los vasos con burbujas suenan enfiestados, las botellas se descorchan. *Toc ... chin, chin-chin. Toc* de nuevo y más *chinchines*.

Entre el sonido de rigor de corchos destapándose y globitos de espuma rebelde hecha aire, sin alcanzar a cumplir su tarea --la que es la de verter felicidad embriagada en la copa de los asistentes-- y justo al medio de mi tribulación más distante que solitaria...

...Ella se acercó a mí con el costado de su falda negra.

Para un pintor retratista, pensé, y yo siendo uno de ellos, se trata únicamente de una cadera descubierta, ancha y blanca, desnuda y aromática, sólo envuelta en un traje oscuro e invisible...

La dama del vestido negro me dirige la palabra:

--"*Skål och får jag gratulera för vernisaggens invigninstal*" ["Salud, y lo felicito por su discurso inaugurando la exposición"], me dice ella en su línea de apertura, y con sonora voz de *Lidingö*.

--“No, en realidad, ehm, las mías solo eran palabras de agradecimiento, ehm, a mis amigos que organizaron el evento”, le contesto.

A esas alturas, la mirada mía había progresado mi sonrojo subiendo desde sus tacos de estilete hasta la cintura del invisible traje negro.

--“Le diré con *franqueza*”, me dice a boca de jarro, “sus pinturas tienen una combinación de colorido espectacular.

--Especialmente aquella con el número diecisiete, al fondo de la sala”, ella agrega.

--“Cuáles colores? Le pregunto sorprendido, al mismo tiempo llamándome la atención que ella estaba apuntando a mi obra secretamente preferida de esa exposición. Y que por eso estaba mirándonos desde su lugar privilegiado, única y sin compañía, en la pared del fondo de la sala rectangular.

--“No, me disculpa por favor, me corrijo”, se interrumpe ella, “quiero decir, que tienen una espectacular combinación de colores...”

--“Hmm”, digo yo, mientras, con velocidad fulminante, se aparecía el recuerdo de lo que decía mi padre, un hombre más racional que

apasionado en la valoración de lo estético: "Si alguien dice que le gusta una obra, hay que pedirle que explique el por qué", decía él.

Él quería significar que solamente así se podrá, o desnudar un elogio, o cubrirlo con gratitud. Porque el elogio sin contenido es una cortesía sin piedad. Y todo lo ajeno a la piedad es falso.

--"¿Por qué le llama la atención esa miscelánea de colores?" Le pregunto a la dama de falda negra.

--"Porque es organizada, nada más", me responde luego de un titubeo indefinible.

--Ah, bien.

En mis adentros, pensé que ella había pasado la prueba.

No obstante, más en mis adentros, yo sabía que con esa respuesta no lo había pasado. Esto, más por ser general que por ser escueta. Y lo que en el fondo yo estaba haciendo era lo que hace un enseñante de escuela soplándole al oído la respuesta correcta a una alumna predilecta. Para ayudarla a que pasara el examen. ¿Por qué lo hacía yo?

El impacto. La falda negra semiabierta en el costado izquierdo. Mi soledad producto de mi inseguridad. Mi inseguridad como escondite del saber de lo que quiero y el saber de no encontrarlo. La sorpresiva

noción que alguien entiende mi mensaje cromático. Que me entiende a mí. Mi escondido hipotálamo razonaba por fin liberado, y exento totalmente de vanidad. Agradecido a los dioses que no existen, que existe la compatibilidad.

Aun así, yo trataba desesperadamente de poner las cosas en su lugar. Descomponer el torbellino en sus círculos correspondientes. Pero era inútil, porque el torbellino es una espiral; sólo tiene comienzo. Y en el comienzo sólo existía mi impresión voraginizada, la que comenzó con el impacto rozante de su falda. Que en realidad fue el impacto de lo inusitado. Lo que no estaba de acuerdo a las reglas estrictas de la percepción cromática, aquellas con las que yo duermo en mis pesadillas, y camino tropezando en la acuarela de mis praderas.

Los axiomas que proclaman que el color negro impide los matices, oculta las luces. Y lo que oculta la luz también oculta la sombra. Se define al negro como la ausencia de colores. Pero en este caso, yo vi la presencia de todos los de su piel y de sus formas.

Todo aquello me había llevado en esos microsegundos a devolver mi mirada de vuelta a la alfombra. Como de costumbre cuando me sentía atribulado. El piso parecía no detener mi mirada, sino que seguía cayendo en propulsión vertical, como queriendo traspasar aquel y muchos otros pisos más abajo.

Era mi viaje habitual producto de la combinación de la ley de gravedad y del principio de *contraesencialidad* relativa que yo mismo había inventado, o descubierto, normativa y empíricamente.

9

“*Contraesencialidad*” es un modo gramatical que no existe en español, como tampoco ninguna otra antes de ser creada. Aunque las palabras deben ser repetidas para que existan. No basta su creación. Lo que hace una norma social, en este caso lingüística, es la repetición de una creación, o sea, la negación de su originalidad.

Y entonces me atrevo a decirle a la dama:

--“Si no me dice a qué colores se refiere, y cuál es la diferencia en la combinación de ellos que Usted dice que nota, entonces tendré que pensar si acaso su gentileza no sería la suya sino del champagne”.

Y que la champaña la elegí yo mismo, le agrego. Y que no es champaña de Champagne, sino vino blanco burbujeante de *Alto Adige*, del norte de Italia, llamado genéricamente prosecco. Con su propiedad de regalar un, a su vez, generoso nivel étlico que se desliza con aroma incógnito hasta la cumbre de lo oculto.

⁹ Creada como concepto filosófico diferente a *inesencialidad*. En: Ferrada de Noli M. (2026) "Contraesencialidad: concepto y experiencia existencial". Libertarian Books Europe, ISBN 978-91-88747-18-1.

--“Ahh, un pintor hablante, y además sin miedo frente a lo que se esconde. Qué entretenido. Esto me encanta a primera vista. Es más, yo tenía razón cuando me lo imaginaba, como Ud. era, mirándolo desde lejos”.

Y ahí, ¡paf! Su última frase me obligó a mirarla más de cerca, o simplemente a atreverme a mirarla. Era, como ya dije, de una belleza superlativa. Lo que me impactó más en el concierto de su tez blanca y su pelo negro, fueron sus labios, aún yo consciente que su color podría provenir de una pincelada de rouge, parecía un rouge muy hermoso para ser artificial. Quizás, pensé yo, era su pigmento propio nacido junto al instante de su pródiga sensualidad.

“Unus sed leo”

Seguimos nuestra plática, y así se suceden los toc y los chin-chin los unos a los otros, y las distancias se acortan mientras otras se alejan –como en la vida.

Estamos sentados en esos bancos de cuero, sin respaldo, al medio de la sala que se usan en las exposiciones. Sin el respaldo acostumbrado en que apoyarse, el equilibrio trata de aportarse en las palabras. Y éstas cada vez de más sólido significado por parte de ella.

Le respondo algunas preguntas sobre mi vida, mis exposiciones, etc., lo que ella intercala regalándome con uno que otro, o bueno, varios placenteros comentarios, y que yo a esas alturas comienzo a recibirlos y aceptarlos como a un niño que nunca tuvo fiesta de cumpleaños. A pesar de que yo los tuve, y lo que también trataba de explicarle.

Y así yo le abro mi vida, cautivado por un bienestar que aún no conocía, y le respondo la verdad, sobre todo, incluso sobre aquella exposición de pinturas. Y le confieso que el alto precio de los cuadros

de aquella exposición, cantidades ya exorbitantes para el mercado cultural de la época, los había puesto yo para evitar que se vendieran. Que cada obra era un pedazo de mi vida. Especialmente aquel que ella me confesó era su favorita, la del fondo en la sala. Aquella que yo no vendería por nada en el mundo, y que por eso ni siquiera quise firmarla.

Que cada molécula de mi vida era una gota de óleo diluida con sueños, en vez de trementina. Que cada segundo de mi trabajo era tan personal como el autorretrato que yo no terminaría, puesto que aún me estaba buscando en la oscuridad.

Fue allí cuando me mira, casi con piedad, y cubre sus ojos oscuros a la sombra de aquel pelo negro que le cae a cascadas sobre su tez blanca, y es allí cuando ella derrite mi gratitud y me dice:

--“Lo encuentro a usted *unus sed leo* entre los artistas, y es usted en realidad único entre los hombres que he conocido. Se merece mi amor y mi amor es mi cuerpo. Su premio será mi lealtad”.

Y me besó.

Oh, madonna! *unus sed leo!* “uno, pero un león” ...Esa flecha me llegó directa y desprevenida. Ergo, sin defensas preparadas su clavada fue feroz.

El garzón de servicio se viene acercando. Lo etílico me hace ver su silueta como algo vacilante, casi difusa. Él nos comunica que aún quedan unas botellas de prosecco, y que ya todos se fueron, y que ellos harán orden y dejarán el local en una hora.

Un par de esas botellas fue transportado en el taxi que nos llevó, a la dama de falda negra y a mí, a su departamento en el último piso de una casona de Lidingö.

En su departamento de Lidingö

Lidingö era en aquel tiempo una isla entre cuatro de Estocolmo y en que habitaba la burguesía que había nacido en cuna de burguesía. Ahora la plagan nuevos ricos. Su departamento estaba espartanamente decorado, un signo de la elegante sobriedad de la burguesía sueca, pensé al comienzo. Pero me detuvo la pared vacía de su dormitorio, y una ráfaga de sentimientos no encontrados me inundaron el corazón.

Me invitó a hacerle los honores, así derechamente y sin ambages. No había otro algo en el mundo de ese momento que yo no deseaba más que aquello. Y le dije, “lo haremos, por cierto, que lo haremos, pero deme treinta minutos”.

Sentada al borde de su cama, vestida con sólo sus medias negras que rehusaban abandonar los estiletes de donde crecía su estética, me sonrió lascivamente con ojos semi-cerrados fulminando casi con aquella penetración ardiente y transportada en una frescura casi glacial. “Por supuesto, haré lo que Ud. quiera”, dijo sin necesidad de decirlo, pues todo en la escena de esa pieza ya lo gritaba. Excepto la pared desnuda.

Le anuncié que usaría el teléfono y salí al livingroom, para hacer una llamada al local de la exposición. Entonces pedí hablar con el jefe de los garzones del servicio aquel. Le instruí que descolgara de la pared el cuadro con número 17, lo cubriera con un mantel, y lo transportara muy rápidamente a Lidingö en su camioneta.

La sala de exposiciones estaba en Östermalm, muy cerca y colindante con Lidingö, al otro lado del puente. Me dijo que yo debería hablar con el conserje para autorizar el traslado, lo que también hice de inmediato.

Y así, mientras compartíamos un recalcitrante sorbo del último champagne, llegó la pintura. Y se la regalé con mis labios, y mientras sin soltar el marco de mis manos, la transporté yo mismo a descansar al suelo de su dormitorio, apoyándola en la desnuda pared.

--ooOoo--

Luego de aquello nos vimos varias veces.

No, decir “varias veces” es como tratando de mitigar la realidad.

Reformulo: Luego de aquello nos vimos tres veces. Lo que sucedió durante un corto tiempo, luego de haberla conocido en la exposición, y de la noche aquella en su departamento de Lidingö.

Los encuentros se dificultaron por su trabajo, y finalmente yo no tuve posibilidad de insistir, puesto que tuve que trasladarme a Nueva York para preparar una exposición. Pero por los diversos motivos mágicos que entrega esa ciudad cautivadora, me fui quedando allí y así un par de años pasaron. Le escribí, pero no obtuve respuesta. Se habrá cambiado de residencia, concluí yo.

A mi vuelta a Estocolmo ella había desaparecido de los radares y teléfonos a que yo tenía acceso.

Reencuentro con Walter

Fue entonces, al poco tiempo de mi regreso, que caminando por la orilla del canal en la calle Strandvägen, a dos cuadras de mi departamento, en una calle perpendicular, cuando me encontré con Walter Vindström, mi antiguo amigo del liceo.

Yo no lo reconocí, sino él a mí. Se había operado de la vista y ya no usaba sus gruesos anteojos con marco desmesurado. Me cuenta que, con sus ascensos en la carrera de la marina mercante, que lo llevaron a oficial, y los magnánimos ahorros representados por largas salidas al mar sin costos de mantención para él, había amasado una fortuna que con inversiones se convirtió en una suma respetable. “Qué hábil eres”, le dije. “La hábil es la fortuna”, me respondió.

Entre sus negocios, Walter tenía una galería de arte moderno, la que me invitó visitarla.

Esa misma semana fui con gran alegría a visitar a Walter, después iríamos a cenar juntos. Entré a su galería en donde lo esperaría mientras bajaba de su oficina. Por el apetito que ya tenía, doy algunas vueltas en la galería sin mayor interés, más por matar el tiempo. Cuando de repente me encuentro con una de mis obras.

La pintura era, como ya se habrá entendido, aquella favorita que le regalé a la bella dama de Lidingö. La 'número diecisiete' en el fondo de la sala...Le habían pintado una firma de un artista ruso para mí desconocido.

Quedé petrificado. Pero eso sería sólo el comienzo.

Durante la cena, Walter me entregó voluntariamente todos los detalles de su adquisición de esa pintura, como si estuviese orgulloso. Se trataba, me dijo, de una mujer que él conoció hace un par de años atrás --coincidiendo con la misma época en que yo ya la conocí y luego nos veíamos.

Me contó que ella se enamoró fulminantemente de él durante una comida de la asociación de dueños de galerías y gente trabajando como conservadores de museo, todos ellos ubicados también en Östermalm, cerca de su galería en calle Strandvägen. Y que le decía palabras mágicas que él jamás había osado imaginar, ni aún entre la soledad de sus viajes por los siete océanos.

--“Pero cómo, qué te dijo en especial”, le pregunto a Walter.

--“Mira, para empezar algo que nunca olvidaré, me dijo algo en latín que yo como tú sabes ni era muy bueno en el colegio. Pero me lo tradujeron, y era algo así, que yo era como un león”.

--“Ah”, le comento yo, mientras me sujetaba el corazón con un suspiro intenso, “te dijo acaso, *¿unus sed leo?*”

--“Sí, eso mismo”.

Y luego continúa Walter, en una cascada de evocaciones felices:

--“Ella siempre me elogiaba y me hacía sentir tan bien como nunca antes lo había sentido. Y además tuvo la generosidad de venderme esa pintura, esa que tú me preguntabas, a un precio especial, puesto que el valor que ella pagó en el mercado negro de arte de San Petersburgo era mucho mayor, según el papel que me confió a hurtadillas. Aquel recibo no me lo dejó para no comprometerme. Así de considerada era ella conmigo”.

Y agrega Walter, como triunfante,

--“Sí, era una mujer extraordinaria, y qué pena que cayó en desgracia”.

--“En desgracia?” le pregunto.

--“Sí, en el tiempo que tú estabas en los Estados Unidos, ella cayó en desgracia pública cuando la pillaron bailando la danza del vientre en una fiesta con los garzones en el castillo del rey, los cuales habían robado allí una valiosa reliquia por encargo de ella”.

--“Lo que ella por supuesto negó”, continúa Walter. “Pero ella tenía buenos contactos y aparte del escándalo sensacionalista en los diarios sin sensación de Suecia, no le pasó nada. Ahora ella vive en Estonia, frente a frente de Estocolmo, al otro lado del Báltico.”

--“Bueno, es la única mujer que realmente me ha amado, y a pesar de mi fealdad. Por eso yo la llamaré siempre *mi mujer*”, continuaba mi amigo Walter.

Y prosiguió entonces Walter contándome sus historias de oficial de la marina mercante y sus múltiples visitas a otros países del Báltico y del mundo....

Nada de aquella parte de la conversación la recuerdo. Tampoco cuando terminó la cena ni cómo llegué a mi departamento en Styrmansgatan, sólo a cuerdas de allí.

--ooOoo--

Demás está decir que mi parte de la historia con la bella de Lidingö nunca se la relaté a Walter. No tenía razón alguna de amargar el lindo recuerdo que Walter mantenía de ella.

El recuerdo de él era el de una mujer que una vez en su vida, la vida de Walter, “descubrió” que él era una buena persona, un buen hombre, apuesto y atractivo. Alguien se lo dijo, y él lo creyó sincero. Su convencimiento era su realidad; su subjetividad era lo objetivo. El

amor lo había visitado, creía él, y él estaba agradecido. Quizás necesitaba creerlo todo, el pobre Walter, para no terminar suicidándose como su vecino en la granja vecina de Dalarna.

Una conclusión que se me viene en mente, a manera de autocrítica, o sea esa clase de explicaciones que en el fondo siempre nos absuelven. Esas explicaciones del tipo encontrado tan abundantemente en autobiografías, como “confieso que fui demasiado franco” –como si la franqueza fuese un ‘pecado’, etc.

Bueno, ¿sería que el exuberante rouge cubriendo sus labios me ocultaron la naturalidad de su artimaña? ¿Habría sido demasiado ‘estético’ en mi apreciación?

Otro ángulo, menos apasionado, habría concluido a primera vista que de esos labios artificiales sólo podrían haberse esperado palabras artificiales. Interpretación que yo no tuve.

Y que no tuve porque no pude tenerla, pues necesitaba escuchar lo que nunca me habían dicho ni siquiera en broma. Al fin de cuentas no es culpa de ella. Sino de mi propia miopía, superior a la de Walter.

Una miopía que no se cura ni con lentes de grosor ni operaciones caras, sino que con experiencia de la vida. Con resbalones y caídas, con sangre en las rodillas, y un nudo en la garganta.

Nota bene

Como dije al comienzo, esta historia la escribí solo gracias a encontrarme por casualidad con Walter. Antes de aquello, mi recuerdo de la dama de falda negra estaba inscrita como un pasaje mío personal, incluida su felicidad efímera y su abrupto término. El relato que me dio Walter lleva las cosas desde nivel de episodio al nivel de conducta.

Sólo la conducta humana, o sea la repetida, merece la atención de una historia. Esto, por su posibilidad social de prevenir una pena innecesaria. Los viajes de un autor con destino solamente a su propio ombligo no deberían tener trascendencia.

El verdadero título de este relato es sumamente negativo, y se llama *La pérfida dama de Lidingö*. He decidido darlo a conocer sólo aquí, después del final del relato –para no colocar un filtro al lector, a priori del desenlace.

El teniente de
Gendarmería y el
Capitán de los
Ferrocarrieros

Nota del autor:

Este relato, "*El teniente de Gendarmería y el Capitán de los Ferrocarrileros*", no es una historia ficcional, ni de la categoría "basada" en hechos reales, sino que es una historia verdadera, acaecida en la realidad y en las fechas que se indican.

Los párrafos siguientes dibujan una ilustración de lo que aún era la idiosincrasia de la vida militar –en la década de los sesenta del pasado siglo.

Quiero decir que el transcurso de los tiempos hace que ‘las cosas cambian’ aún en los parajes sociales más recalcitrantes o conservadores, como es de la vida militar, la vida militar entre militares.

Para dar un ejemplo, en el tiempo que mi padre y mis tíos eran oficiales de ejército o de carabineros, las prerrogativas de servicio personal eran también escalonadas en estricta relación con el rango. Al grado de subteniente se tenía ya un ordenanza personal, el que cuidaba de los uniformes, la mantención y limpieza de la estancia, el lustre brillante de las botas, etc. Aparte del encargado del caballo de servicio, cuando se trataba de caballería, carabineros, artillería montada, exploradores, etc.

Con el avanzar a través del escalafón se tenía además un chofer, y aún más adelante –en los mandos más altos– un ordenanza ocupado de tareas jardineras.

Como si lo anterior fuera poco, en los casinos de oficiales existía, aparte del personal de cocina, el mayordomo y los mozos. Éstos, primero ubicados detrás del mesón de la cantina, servían los cócteles de aperitivo antes del almuerzo.

Luego los mismos mozos atendían las mesas de impecables manteles de algodón y servilletas blancas, del comedor de oficiales.

Había una mesa grandísima, como de banquete, para los oficiales solteros, y otras mesas individuales para oficiales de mayor graduación, y que a veces almorzaban en compañía de sus invitadas familias.

Eso, como digo, era en la vida que me correspondió compartir entre los años 40 a los 60.

Estamos en 2004, yo llegando en Santiago en una tarea académica enviado por mi universidad en Suecia. Me alojo en un hotel de avenida Providencia –calle a la que le habían cambiado el nombre a “11 de septiembre”, para homenajear al golpe militar de Pinochet que derrocó al gobierno de Salvador Allende en 1973.

Mi sobrino Ricardo, mientras estudiaba leyes en la universidad (hoy abogado en Santiago) trabajaba paralelamente en ese entonces como oficial de Carabineros. Tenía entonces el grado de mayor.

Sabiendo de mi llegada, me había extendido cortésmente una invitación a almorzar, por lo que me pasa a buscar puntualmente a mi hotel a la hora convenida. Muy pronto llegamos a destino, y al bajarme, siempre distraído y siempre conversando, me doy cuenta

de repente que mis pasos están cruzando el umbral del Casino de Oficiales de Carabineros de Santiago.

Entramos –mi corazón acompañándome con latidos de cautela– en primer lugar, a la cantina, para la rutina del cocktail.

--Sírvese lo que desee tío, mientras yo voy al comedor a reservar una mesa.

Y allí quedé yo, esperando al ordenanza garzón, apoyando mis codos en el mesón mientras contemplaba el escuadrón de botellas de licor en el estante detrás del mesón. Estaban apoyadas en un espejo ornamental. Entonces observo que mi rostro entre las botellas se veía algo consternado, o bastante consternado. O era el espejo el asombrado, y preguntando ¿Qué hace aquí un fundador del MIR? Eso era hace medio siglo, le respondo.

Y allí quedé yo, esperando al ordenanza garzón, que me viniera a preguntar por mi capricho de aquel mediodía, para ‘abrir el apetito’, como se estilaba antes decir.

... Como decía, y allí quedé yo, esperando al ordenanza que no llegó nunca.

Finalmente llegó mi sobrino, el que me mira sorprendido, diciéndome:

--"Tío, me habían dicho que Ud. era de aperitivo riguroso antes de almuerzo ¿No se siente bien?"

--"Me siento muy bien," le contesto. "Pero el garzón no llegó nunca."

--"Pero tío, los garzones ordenanzas, y ningún ordenanza por lo demás, ya no existen, tío. Los suprimió Pinochet. Ahora tenemos que servirnos solos..."

Luego de los ´salud´ de rigor pasamos al comedor de oficiales.

Y no pues, no era el comedor como de los que yo me acordaba del tiempo de niños y aun los tengo en mi memoria. El tipo de lámparas con lágrimas gastadas de nostalgia pendían aún desde los techos, pero los manteles blancos habían desaparecido junto a las servilletas, las copas de cristal y los garzones meseros. Todo era autoservicio. Nadie servía, como antes.

Y así, mientras paso a paso seguimos la pausada cola del lunch, mis pensamientos nadan en un torrente de asociaciones entre juventudes pasadas y recuerdos haciéndose presente. Y allí, entre las olas de nostalgia, surge a la superficie la historia de un comedor de la Escuela Militar. La historia del cadete de ferrocarrileros que llegó a ser capitán.

Efectivamente, en “antes”, había tiempo en los casinos de oficiales para conversar holgadamente entre los platos y los postres.

O a lo mejor había demasiado tiempo, por lo que las conversaciones se transformaban de interesantes a livianas, y de allí –para el infortunio de algunos comensales– a molestosas u ofensivas.

--"Sobrino, esa larga mesa con porte indiscreto que protruye entre las otras de este comedor, me recuerda la historia de mi hermano y el capitán Sánchez. ¿Quiere saberla?"

--"Adelante, tío. Cuéntemela"

--Bien. Mi hermano Mauricio era entonces cadete en la Escuela Militar del General José Miguel Carrera...

--"Tío, perdone, se llama 'Escuela Militar del General Bernardo O'higgins'".

--"Ricardito, lo perdono en todo menos en eso. La Escuela Militar para formar oficiales del ejército chileno la fundó José Miguel Carrera, en plena Patria Vieja. Su nombre original es “Escuela de Jóvenes Granaderos”.

--"¿Ah, así que *Carrerino*?"

--"No, *histórico*, en primer lugar. La verdad, ante todo. Sí, soy también Carrerino, y además come cura, y liberal. ¿Lo ve? Tres verdades distintas y una sola realidad."

--"Tío, me está cambiando tema ¿Y lo del tío Mauricio? "

--"No he cambiado tema. El tema me cambia a mí. No me cambia la memoria, sólo su ordenamiento y jerarquía. No solo *Orden y Patria* -como se lee allí en aquel escudo de la pared. Sino Patria para que haya orden. Y para todos, no para algunos. Y para que haya Patria para todos, primero tendría que terminarse con el desorden de algunos."

--"Y no se aburra, que aquí le cuento la historia de los comedores de la Escuela Militar, sí, Bernardo O'Higgins, para no interrumpirnos."

Pero, el significado de esta historia no se entiende, sin una necesaria introducción sobre el teniente Vallejos.

El teniente Vallejos, de Gendarmería

El teniente Vallejos, de Gendarmería, era sobrino del Obispo Mardones, quién fuera rector del colegio Instituto de Humanidades de Concepción. En aquel colegio yo había fundado el centro de alumnos, el ‘seleccionado’ de básquetbol para competencias afuera, escrito la música para el nuevo himno del colegio, y otras actividades por la cual el bonachón obispo Mardones –pícnico, gordito y de ojos verdes-suave como su carácter– me tenía un cierto aprecio. En realidad, mucho aprecio.¹⁰

Lo álgido en este contexto, es que el Instituto de Humanidades era en la década de los cincuenta, comienzo de los sesenta, un colegio privado católico con “instrucción militar”. Se trataba más de organizar formaciones con estructura militar e inculcar disciplina militar; no del uso de armamento.¹¹ La instrucción marcial se

¹⁰ Como una ilustración: cuando me puse los ‘anillos de ilusión’ con mi bella polola Eugenia Santander Kelly, a pesar de que ella estudiaba en el laico Colegio Concepción (y no el de las monjas del Sagrado Corazón dónde el Obispo era bienvenido), el Obispo Mardones insistió en los corredores del colegio que los anillos habrían tenido que ser bendecidos por él personalmente.

¹¹ La instrucción se realizaba en el amplio patio central del Instituto de Humanidades, establecimiento que estaba localizado justo atrás de la

realizaba una vez a la semana a cargo de oficiales del Regimiento Guías, un regimiento de caballería. Podía ser toda una mañana, o toda una tarde. En paradas y ceremonias debíamos vestir uniforme, y nuestro contingente estaba organizado en cuatro secciones, cada una a cargo de un brigadier ¹² y sub-brigadier; luego estaba el abanderado (brigadier) y su escolta. A cargo de toda la formación estaba un alumno designado como brigadier mayor por el Rector del colegio. Y este es quid del asunto:

Como *brigadier mayor* del colegio el Obispo Mardones me elige a mí, y no a su propio sobrino; cuestión que éste nunca me perdonó ni a mí ni a su tío. El Vallejos habrá jurado vendetta del tipo “me las van a pagar...”

En el colegio Vallejos hacía alianza con el cura Rivas, o es a mí que me parecía que Vallejos era su protegido. El siniestro cura Rivas era profesor de Religión y Apologética – clases a las que me había prohibido entrar para impedir el debate al que yo las reducía planteando o ‘preguntando’ sobre las incongruencias del mito

Catedral de Concepción, extendiéndose prácticamente desde Barros Arana a O’Higgins, y con una entrada principal que daba a calle Rengo y otra de servicio que daba a O’Higgins. El edificio había sido originalmente la sede del colegio de Los Sagrados Corazones, antes que su traslado a las proximidades del camino a Talcahuano.

¹² Una tarea de los brigadieres era repetir la instrucción a los alumnos rezagados, todos los sábados en la mañana.

religioso. Este cura era además el inspector general del colegio, si recuerdo bien. En otras palabras, Rivas me había declarado confeso anarquista y ateo, y enemigo público N ° 1 del reino de los cielos que habitaba en los patios del colegio.

Vallejos tomó muy fuerte el hecho que no fue designado brigadier mayor; lo que además le significaba que debería recibir mis “órdenes” en las formaciones públicas. Agregado el escarnio público que el habrá experimentado por el hecho que el Obispo Mardones, su propio tío, no lo había considerado. Todo esto me ponía en una situación inconfortable. Además, yo no disfruto del poder sino de luchar contra el poder.

Luego de algunas semanas yo cometo el mismo error que cometí con Saúl en el invierno de 1957 cuando estudiábamos en el Liceo de Hombres, en el 3ro de humanidades [referido en otra parte]; que es el mismo error que cometería en 1971 con Carlos Geywitz.¹³ Esto es, voy en *ayuda* del afligido Vallejos y le digo que él puede ser el brigadier mayor del colegio, para lo cual yo renuncié al puesto.¹⁴

¹³ Dirigente estudiantil en la Universidad de Chile en Arica. Exilado en Suecia ingresó allí a una logia de masones chilenos y latinoamericanos. Se suicidó en Estocolmo en 2008.

¹⁴ En su obra "Fröken Julie", Augusto Strindberg

Se puede decir que yo aprendí a cometer errores garrafales, aun leyendo con pasión *Los Miserables* de Victor Hugo. Me refiero a lo que no debe hacerse en este tipo de conflictos –en el cual el ‘conflicto’ no yace en la relación interpersonal, como uno cree, sino que en la realidad ese conflicto sólo habita en el alma de la otra persona.

Mejor lo explico tratando de describir un personaje central en *Los Miserables*. Se trata de Javert, el policía que persiguió obsesivamente por cielo y tierra a Jean Valjean, con el fin de traerlo de nuevo a la prisión de la que se fugó. Para Javert se había convertido en un algo personal. Finalmente lo encuentra. Se enfrentan, y Valjean logra tumbar al suelo a Javert y lo tiene a su merced. Valjean está listo para liquidarlo (y Javert preparado para morir; no ruega por su vida), pero una vocecita le dice que haga las paces con Javert, que le perdone la vida, le perdone lo que ha hecho en contra de la vida de Valjean, y que lo deje ir.

El lector creerá, lo mismo que creyó Jean Valjean, que Javert se iba a ir a su casa conmovido por el factor magnanimidad que le había salvado la vida; y quizás cambiaría de rumbo y se humanizaría. Era por lo demás una vida con tal prontuario de abusos y crueldades en contra de tantos prisioneros, que el mismo Javert sabía que no la merecía. Quizás por eso él no había pedido misericordia. O quizás porque él no sabía que la misericordia existe.

A diferencia de lo que podría haber pensado Jean Valjean, lo que sucede en el conglomerado humano es que personalidades como la de Javert no tienen espacio para redenciones.

Su estructura infra-psíquica se maneja en cambio por otras coordenadas; allí, la *magnanimidad*, el *perdón* o la *ayuda* son a) o bien un concepto incomprensible, b) o bien son tomados por debilidad.

Como fuese, el hecho es que Javert continué persiguiendo a Jean Valjean, y con dramáticas consecuencias. El realismo en literatura es ciertamente la fiel reproducción de las pasiones nobles e insanas del hombre interactuando en sociedad. Como Oscar Wilde lo dijera acertadísimamente en su Prólogo a El Retrato de Dorian Grey, el realismo en literatura es Calibán mirándose en el espejo.¹⁵

Yo pienso que nosotros juzgamos las potencialidades del prójimo a partir de *nuestras* potencialidades; con nuestro propio prisma, no con el prisma del prójimo. Vaticinamos el camino ajeno con nuestro propio compás; pero olvidamos que nuestro compás es personal e intransferible, en lo que a ética se refiere.

¹⁵ El personaje "Calibán" que refiere Oscar Wilde es un monstruo; un protagonista central en la obra de Shakespeare "La Tempestad".

La ética puede ser socializada, y Marx la incluyó bajo el nombre de moral como una forma o elemento de la superestructura. Pero Marx podría haber agregado la distinción que existe entre la normativa ética con la cual se educa y la normativa ética que se aprende. Al medio de esa diferencia se encuentra la ecuación llamada individualidad humana, la experiencia humana.

Es una ecuación cada vez singular con un numerador hecho de subjetivos tales como niveles de inseguridad en si mismo, decepciones, alegrías, sueños realizados, medio realizados, o aquellos perdidos en la catástrofe de la nada. Con un denominador objetivo que son los genes. Esta es una ecuación *humana* y no de la *humanidad*, como a la que refieren Marx y los Hegelianos desde esos días hasta los nuestros.

El no estar conscientes de lo anterior nos hace emplear un razonamiento analógico, no lógico. La psicología analítica, que es una pseudodisciplina inventada por Freud para confundir a la ciencia, llama a este proceso “proyección”. Pero eso es tan limitado, y tan equivocado. En ese proceso, si existiese, así como dicen los psicólogos, estaríamos ‘proyectando’ en el prójimo nuestros propios ‘problemas’, y solamente. Pero en realidad lo que hacemos, lo que hacía Valjean respecto a Javert, es ‘proyectar’ nuestras soluciones.

Si se mira con alguna detención, para la psicología, y para el bolsillo de los psicólogos y “terapeutas”, el hombre está hecho de una constelación de problemas que sólo ellos pueden corregir. Aprovecho la oportunidad para declarar, además, sin ningún respeto, que toda la Psicología (no sólo la estafa Freudiana) es una pseudo ciencia; una ciencia de café. Igual que los revolucionarios de café, quienes discuten sus *observaciones* de la realidad social, a menudo equivocadas, y sin poseer un genuino interés en cambiarla.

Si los psicólogos tuvieran un genuino interés en cambiar *radicalmente* la atribulada psicología de los hombres, deberían empezar considerando el axioma sobre que la raíz de los problemas del hombre está sólo en su sociedad.

La sociedad de Chile de septiembre de 1963, en parte con sus antagonismos y concesiones de clase, en parte por la falencia de un poder que creíamos tener, armas que creíamos tener, cuadros listos para el combate que creíamos tener, conducción a nivel regional que creíamos tener, etc. En fin, por todo lo que la realidad demostró que no teníamos, al menos en Concepción, nuestra efímera resistencia de los techos marcó nuestra derrota.

Lo mismo que lo ocurrido más tarde en las estructuras de Santiago y Valparaíso, en Concepción a comienzos de octubre de 1973 estábamos con una resistencia extinguida, las casas de seguridad

agotadas, y nuestra prioridad se transformó obligatoriamente en sobrevivir como fuerza clandestina organizada. Otra quimera, pues mi unidad estaba ya desarticulada.

Nunca, ni en mi más remota fantasía vampiresca o el más oscuro ensayo de humor negro, me podría haber imaginado que, al ubicar posiciones en las graderías del Estadio Regional de Concepción, abriéndome paso entre cientos de otros prisioneros, me encontraría con que Vallejos del Instituto de Humanidades era el jefe del destacamento de gendarmes sirviendo al Instituto de Atrocidades.

Mi propio *Javert* particular parecía mantener su obsesión. Si doce años atrás él habría jurado "vendetta", ahora había llegado el momento que ella se cumpliera.

En mi primera mañana en la Quiriquina veo que el teniente Vallejos, el mismo Javert doblemente humillado por su tío, el obispo bonachón, y por mí, con mi "condescendencia" de arrojarle el cargo de brigadier mayor en el Instituto de Humanidades, está vestido con un flamante uniforme de fusil-ametralladora y se pasea empavonado de orgullo por entre la miseria humana de los prisioneros a su cargo.

Él ya sabía por los libros de ingreso que yo había llegado prisionero la noche anterior. Me busca entre las gradas, yo lo veo desde lejos; hasta que se acerca más y más, pero yo rehúyo un encuentro que lo consideraba de todas maneras desagradable.

Vallejos me hace llamar por los parlantes del Estadio, que debo bajar a la cancha y pararme en el medio, dónde está el redondel de partida. Yo voy. Luego Vallejos hace un show "horripilante" y pide que las ametralladoras punto 30 y 50 que están apostadas en las gradas últimas de arriba, me apunten. Todo el mundo, empezando por mí, quedamos con el corazón en la mano.

Enseguida aparece él con un pelotón de gendarmería armado de fusiles y me conmina a caminar y ponerme debajo del arco (el que está en la dirección centro de Concepción). Allí posiciona a los gendarmes en posición de escuadra, a los unos cinco metros de donde yo estoy, de frente a mí. Yo como digo estoy al medio y debajo del arco.

Luego se va Vallejos y vuelve con dos otros prisioneros. Ellos son el director de SOCOAGRO de Chillán, y un niño, un joven que yo juro estaba sacado de la pintura de Delacroix "Libertad guiando al pueblo" (y que en la pintura a su vez representa entre sus figuras el personaje Gavroche de la novela de Victor Hugo referida anteriormente).

Allí nos forman uno al lado del otro, casi juntos. Sin volver la cara les pregunto uno por cada uno porque los habían traído aquí. El joven obrero me dice que no sabe, y que lo detuvieron portando cartuchos de dinamita sustraídos en una cantera vecina a

Concepción (me parece la Cantera Lonco, pero no estoy completamente seguro). El señor del Socoagro me dice sólo eso, que él es el gerente de Socoagro en Chillán.

Estamos en estos momentos difícilísimos cuando entonces llega un capitán de Ejército al mando de su propia escuadra de soldados. Este oficial, como luego supe, era quién estaba a cargo de todo el personal que hacían de guardias de los prisioneros.

Para aclarar: había personal de ejército a cargo del ingreso, registro y distribución de prisioneros; había personal de Ejército, Carabineros e Investigaciones a cargo de los interrogatorios; y estaba finalmente el personal que primariamente debía encargarse de la vigilancia de prisioneros y tareas de logística.

Aquí se encontraba personal de ejército, unos pocos carabineros y un grueso contingente de gendarmes de prisiones. Estos últimos estaban al mando de un oficial de prisiones, el teniente Vallejos.

Esta 'vigilancia de prisioneros' era considerada un operativo de seguridad bajo el eufemismo "estado de guerra"; por ende, los gendarmes y soldados que oficiaban de 'guardias de los prisioneros' estaban facultados para castigar o incluso disparar sobre prisioneros cuyos actos fuesen considerados amenaza directa sobre ellos, o que según ellos habían "tratado de escapar".

El Capitán Sánchez había sido alertado por un sargento de Carabineros ¹⁶ que presenció la maniobra de Vallejos. Como decía, llega con su propia escuadra y luego de brevemente increpar a Vallejos nos rescata a mí y al señor de Socoagro y nos encierran al interior de los camarines.

Atrás había quedado el joven de la dinamita, a quién nunca más vi. De allí yo fui traslado a la Isla Quiriquina en dónde se estaban concentrando a todos los profesores de la Universidad de Concepción.

Eventualmente me trasladaron nuevamente al Estadio de Concepción a fines de enero de 1974.

En esta nueva estadía en el estadio de Concepción, lo primero que hice fue buscar por todos lados al joven acusado de robarse dinamita, pero no lo encontré; ni tampoco nadie me pudo dar una referencia de haberlo visto después de octubre de 1973.

Pero ¿quién era este Capitán Sánchez y por qué me había salvado de la 'garras' de Vallejos?

¹⁶ Este sargento a su vez había sido escribiente en la Prefectura de Concepción en los tiempos en que mi padre era jefe de la Cuarta Comisaría de los carabineros. Carabineros de Chile es una institución que pertenece a las Fuerzas Armadas de Chile.

El capitán Sánchez, de la antigua arma de ferrocarrileros

No sé cuántos comedores hay en la Escuela Militar. A lo mejor hay uno para los cadetes, y otro para los alféreces, que son los cadetes del último curso. Además, tendrá que haber uno para los oficiales que dictan cátedra de cómo sacarse el fusil del hombro, y cómo calar la bayoneta, y de cómo enterrarla en el corazón de los desfiles de los mineros pobres.

Como lo vi en abril de 1957, en mi primera marcha, en nuestra primera marcha, con Miguel Enríquez. Estábamos en 3° de humanidades. Los mineros de Lota y Coronel habían llegado a Concepción a sumarse a las protestas de obreros y estudiantes reclamando por el alza de las tarifas de locomoción autorizadas en el gobierno de Ibáñez. De siete pesos a diez pesos. De diez gritos a siete

mil pasos, por las calles en ese tiempo adoquinadas que juntaban mi casa con Víctor Lamas –cerca del liceo.

En ese abril gigantesco teníamos apenas trece abril. Miguel cumplidos recién los doce, sólo diez días antes del desenlace de la ira del pueblo por las avenidas pequeñoburguesas de esa ciudad – generalmente pacata. Era el tiempo en que yo iba a clases de equitación al Regimiento Guías. Los parches grises, o gris-celeste, que hacían fondo a las estrellas del teniente del arma de Caballería, el instructor, irradiaban serenidad y calma. El picadero terminaba donde comenzaba el picadero. La rutina redonda, el trote en círculo emborrachaba la realidad y hacía emerger el recuerdo...

...El recuerdo de la dramática escena de 1955 en el estadio de La Serena:

... Mi padre en una competición ecuestre en ese estadio de La Serena, saltando alto en su caballo ... Mi padre saltando más alto ... Mi padre saltando otra vez y cayéndose del caballo ... Y el estadio de La Serena llevándose estuporoso su mano a la boca al verlo caer violentamente al suelo.

Mi padre levantándose como en un milagro, no había soltado las riendas. Él se sube nuevamente a su caballo, y a tres segundos de estar erguido en la montura, se derrumba inerte por el peso de su orgullo de valiente.

El público lo aplaude frenético y solidario. Mi padre no puede escucharlos en su estado inconsciente. Pero lo hago yo, y le cuento todo por la noche, él de vuelta del hospital a nuestra casa, cuando siguió recuperándose en su lecho. Y le digo que lo admiro, y que me prometa que alguna vez me regalará su espada.

Él me dice que primero debo aprenderme de memoria, y escribir en el cuaderno del corazón, el verso imaginario escrito en el filo de los sables:

“No me saques sin razón, no me envaines sin honor”

El encanto duró en mis sueños menos de dos años.



El padre del autor, oficial y equitador de competencia, en la foto con su querida yegua 'Ginger', en torneo en Regimiento Coraceros

Todo se trizó en las horas vespertinas ese abril de 1957, en las piedras de resplandor lluvioso, entre las esquinas de calle Cochrane.

Era la represión ordenada por el presidente Ibáñez al estallido social surgido por el alza de las tarifas de locomoción. De siete a diez pesos. Trabajadores y estudiantes en la calle.¹⁷

A la carga con sable en mano, como salidos de una pintura de batallas del siglo diecisiete, veo a mi instructor de equitación con su parche inocente de color gris, o gris-celeste, esgrimiendo circulante su espada embutida en la fusta negra, metálica y aterradoradora. Blandiéndola por encima de las cabezas de gentes humildes con hoyos en sus zapatos, amedrentando a los que su único acto bélico era el gritar ¡“Siete pesos”!

No hay elegancia en oficiales de caballería que abusan de caballos y caballeros.

Y, o me lo dijeron, o se me ocurrió, que existía una jerarquía social tácita entre las distintas armas de los cursos de alféreces en la Escuela Militar. Ellos de caballería al tope en competencias de

¹⁷ Ver de este autor, [*Estallidos Sociales. Filosofía Política de la Privación Material y Humana.*](#) Libertarian Books Europe. 2025. ISBN 978-91-88747-98-3.

narices respingadas; los siguen el arma de artillería montada, los ingenieros, los telecomunicadores, etc., hasta llegar a los parches rojos de la infantería.

Son como un sistema de castas. En la línea del sistema de la India de los Brahmanes –la que quiso reformar un príncipe de la casta noble, los Kshatriya, de que sólo la casta de los brahmanes estaba sobre ella. Y luego vienen los Vaishya, y los Shudra, y por último, la casta más inferior, o sea los Harijan.

Sin embargo, aún debajo de la última casta, de la llamada inferior a todas, hay gente. Pero son considerados sin casta. Son los descastados. Son los “intocables” 'Dalitas', o 'Parias'.

Y entonces tenemos que debajo de la Infantería ya no hay más armas. ¿O hay?

Estamos en los comienzos de los sesenta. Tenemos que hay un arma en el ejército llamada los Ferrocarrileros. Era tan impopular, que el Ejército tenía problemas para llenar los cupos de alférez para esa especialidad. Entonces circunstancialmente se cooptaban suboficiales y se les daba la oportunidad de educarse como oficiales.

Y tenemos el asunto de los comedores. La mesa larga como de banquete en la cual todos los alféreces, de todas las armas, se sientan y comparten el placer de ser servidos por el proletariado vestido de

ordenanza garzón. Allí están sentados y platicando desde los respingados de Caballería hasta los infantes que vestirán un parche rojo.

Pero allí también está sentado un alférez, *pero* del arma de los Ferrocarrileros.

Y tenemos que el antiguo sistema de servicio a la mesa daba lugar a largos espacios de conversatorio. Y, repito, quizás la falta de tema, o la irritación que acompaña al apetito aún no gratificado, o, en fin, simplemente por una razón pseudo política de clase.

O por que unos nacen más crueles y despiadados que otros. O porque el abuso es función del complejo, de la idea de superioridad que da el ver la existencia de seres inferiores. Y para lo cual –puesto que la inferioridad del nacer no existe, como tampoco la superioridad– hay que inventarlos inferiores luego en el transcurso de nuestras vidas.

Entonces en la mesa larga en que mi hermano Mauricio, del arma de artillería, era su animador habitual, también estaba sentado un alférez del arma de los ferrocarrileros.

Y éste era el blanco cotidiano de lo que se conoce hoy como *bulling* (que en español convenientemente se traduce sólo como “acoso laboral”, para evitar que jurisprudencias deshumanizadas que

existen en regiones hispanas y latinoamericanas tomen responsabilidad por el acoso colectivo en contra de un individuo, o grupo, que se realiza en entornos sociales, e incluso a veces familiares).

Lo fustigaban verbalmente, lo remedaban, se reían, etc. Lo tenían para entretener su crueldad de clase.

Pero mi hermano Mauricio, devoto del buen comer, y además porque según él, además le gusta almorzar tranquilo, un día se aburre de todo esto. Él tenía derecho a aburrirse de lo que quisiera puesto que tenía ascendencia de rango entre los alféreces. Y era muy popular entre sus camaradas; dicharachero, autoritario por presencia, alto y macizo, y por ende distinguido por el resto de los comensales como cabecera de mesa.

Él entonces se para de la mesa en medio del recalcitrante y bullicioso acoso al alférez ferrocarrilero. Se aleja y al poquísimo rato vuelve con su sable y lo pone indiscretamente visible sobre la mesa al lado de su puesto. No se sienta, sino que aún de pie, dirigiéndose a los comensales de la mesa larga, con su diestra en la empuñadura y apretando la vaina con la izquierda, horizontal a la mesa y a la altura del abdomen, vocifera con su rugido de bajo tenor: ¡Al que le lance una palabra ofensiva más al alférez ferrocarrilero... ¡

“No me saques sin razón, no me envaines sin honor”

Nunca más el cadete ferrocarrilero fue acosado por los linchadores verbales de la mesa larga del casino de alféreces.

¿Y qué te pasó a ti, te hicieron algo? Le pregunté a mi hermano cuando me contó esta historia.

--Las cosas cambiaron, me dijo. Y, evadiendo el tema, agregó:

--De allí en adelante los garzones ordenanzas me sirvieron siempre muy copiosamente y con rapidez de gacela.

¡Ah! Solidaridad con el que solidariza con la clase de los garzones, pensé yo. Pero no lo dije pues eran conceptos y categorizaciones ajenos en la ideología conservadora de mi hermano. Me bastó con decirle: --Ah, tenían el corazón grande como tú. --No, me respondió con su bromeo acostumbrado. Yo tengo grande y contenta la barriga.

Nobleza obliga

Pasan los años, y una década más tarde yo me encuentro detenido en el Estadio Regional de Concepción. Es octubre de 1973.

El alférez ferrocarrilero había ya llegado a capitán de ejército – todavía perteneciente a su arma de ferrocarrileros. Quizás por el criterio clasista imperante bajo Pinochet, lo enviaron a la poca ilustre función a cargo de la guardia de militares y gendarmes custodiando a los prisioneros del estadio.

Y entonces a mí –el hermano del alférez de artillería que terminó el *bulling* en su contra con el sable en la mano– en una oportunidad, y sabiendo que yo era hermano de Mauricio, me salvó la vida –con su mano apretando una metralleta.

¿Lo hizo en función de conducta recíproca, acordándose cuando mi hermano intercedió en su favor? ¿O lo habrá hecho por reacción natural, independientemente de lo anterior?

Después de todo, la situación bajo el arco Sur del estadio, en la que nos ordenaron estar de pie a tres prisioneros –todos escogidos por el teniente de gendarmería Vallejos– al frente de un pelotón con fusiles SIG, aparecía como fusilamiento.¹⁸

Aquí, el argumento filosófico de este relato se encuentra más allá de la pormenorización de aquella realidad en el estadio de Concepción.

Se trata en vez, de constatar, que, aunque la solidaridad y el sacrificio que un prójimo hace por el otro produce una reciprocidad, esto no es una regla, no sucede siempre así.

La ayuda –la solidaridad o el buen gesto– no siempre es retribuida. Eventualmente ella puede transformarse en lo contrario: Algunos a quienes hemos ayudado, no nos perdonaron. Y una vez que no lo hicieron, tampoco nos perdonarán jamás.

Como en el caso del carcelero *Javert*, en “Los Miserables” de Victor Hugo, aquel persiguió a su ‘enemigo’ Jean Valjean durante años –a

¹⁸ Un recuento detallado de aquellos incidentes que hube de enfrentar -- primero en el estadio de Concepción en octubre de 1973, y luego en la Isla Quiriquina– se encuentran en otras obras de este autor: [Rebeldes Con Causa – Parte 1](#). Libertarian Books, Europe, 2020. ISBN 978-91-88747-17-4, y [Fighting Pinochet](#), Libertarian Books, Europe, 2021. ISBN 978-91-88747-00-6

pesar de que anteriormente Jean Valjean le había generosamente perdonado la vida. O tal vez a causa de ello.

El reverso de un acto de bondad podría llamarse maldad. Y la maldad es el cerebro que guía la pasión del odio. Eso diría la filosofía moral. La psiquiatría diría lo mismo, pero reemplazando maldad por disturbio de personalidad.

En suma, si el contenido positivo de los principios y conductas altruistas de alguien producen su contradicción en que las recibe, no será culpa de la ética, sino de la naturaleza humana.

La discusión es cuánto de aquello somos porque 'nacimos así', y cuánto porque 'la vida así nos hizo'. O dónde y por qué un balance entre esos dos paradigmas se establece en una conducta adulta.

Rencores inexplicables

Nota del autor:

El relato a continuación también consiste en una experiencia real, esta vez propia. Se trata de las anómalas respuestas éticas a gestos de solidaridad humana. Donde las gracias se suplantaban por el rencor o la envidia.

Como en *Los Miserables* de Víctor Hugo, en donde a medida que Valjean con más generosidad trataba al sujeto que lo perseguía a muerte (Javert, a quién incluso no quiso matarlo, pudiendo haberlo hecho), más este odiaba a Valjean.

A los personajes en estos recuentos les he dado nombres ficticios (otra amabilidad que seguro generará más rencor).

El famoso escritor sueco (y dramaturgo, pintor y muchas más cosas) August Strindberg, escribió su afamada obra dramática "*Fröken Julie*" (Señorita Julie) en 1888.

La trama de la obra se desarrolla en la casa de un aristócrata, un conde, durante la tradicional celebración de *Midsommarafton* (la víspera del solsticio de verano):

La señorita Julie se enamora de uno de los sirvientes, el arribista y manipulador Jean.

Se establece una relación de carácter destructivo. Una mezcla de seducción neurótica, romance neurótico, quién domina a quién, etc. en un contexto de antagonismo entre clases sociales, dominancia machista, etc.

Termina muy mal.

Algo tan trágico como el desenlace (tan penoso, que no lo quiero reproducir aquí), es un diálogo que se establece entre el sirviente de marras Jean y su novia 'oficial', la sirvienta Kristin.

No recuerdo las líneas con sus *exactas* palabras, pero en lo central era esto:

"Nunca te he ayudado. ¿Por qué me odias?"

"Abel"

Hace unos años, un autor ("*Abel*") deseaba ir a París a presentar una ponencia. Pero no tenía dinero para el viaje a Europa.

Amigos de él me contactaron –yo estaba en Italia– y me pidieron ayuda para financiar parte ese viaje, puesto que estaban realizando una colecta. Lo hice, pero a los días me plantearon que necesitaban más dinero, pues la colecta sobre su caso no estaba dando los resultados que se esperaban. Entonces envié más dinero. Y así se repitió una vez más, hasta que finalmente ayude a financiarle algo como la mitad de su viaje.

'Abel' nunca me lo agradeció espontáneamente, hasta el punto de que me hizo dudar si alguna vez había recibido ese dinero. Pasaron los años y le pregunté, y sí, muchas gracias.

Antes de aquello le había enviado dinero a él, directamente, ya sea en una oportunidad para sus asuntos personales, como en otra para que me enviara un libro en el cuál yo figuro como coautor. Nunca recibí ni libro ni explicación.

Durante años, "Abel" me bombardeó con mensajes solicitándome fuentes y materiales sobre una biografía que me dijo él estaba escribiendo. Yo siempre le enviaba lo que tenía. Incluso me pidió que le enviara el texto completo del draft de mi libro (sobre el mismo tema en el que él estaba trabajando) y que aún yo no había alcanzado a publicar... Colegas me dijeron que ni por nada le enviara el draft completo del libro. Y que ninguno de ellos conocía algún ejemplo de esa audacia --un artífice que pide a otro autor el borrador completo de un libro acerca del mismo tema.

A cambio de la información histórica o biográfica que yo, teniéndola, siempre le envié de acuerdo con lo que él me pedía, 'Abel' me prometió que me enviaría todas las anotaciones en las que mi nombre estaba mencionado en un material histórico (en ese tiempo inédito) sobre el que él era su custodio --ocupación que hubo de dejar entre acusaciones de apropiación indebida de materiales, según correspondencia del entonces presidente de aquella organización.

En suma, sólo recibí algunas anotaciones fotocopiadas y recortadas en las que aparecía yo mencionado. Pero cuando con los años ese material se hizo público, pude constatar que había decenas de esas menciones --que 'Abel' nunca me las dio a conocer, a pesar de lo prometido.

Más tarde descubrí que 'Abel' había publicado versiones que tergiversan mi obra sobre asuntos históricos, sobre mi participación en ellos, o citando descripciones o episodios en que yo habría sido protagonista --no ciertos-- y sobre los cuales él no me contactó para confirmar o conocer mi versión. Siendo esto una rutina ética mandatoria tanto en publicaciones periodísticas como académicas. Y aún pseudo académicas.

El agravio culminó con el siguiente episodio:

Se celebraron en Santiago de Chile las efemérides de la muerte de un querido amigo mío de juventud, quien fuera asesinado por los militares durante la dictadura de Pinochet. 'Abel' se ocupa de organizar una importante exposición --la que es visitada incluso por el presidente de Chile.

Mientras yo me encontraba en Italia, 'Abel' me invita con palabras solemnes al acto de inauguración de la exposición en Santiago, mensaje que termina con estas palabras:

"Nos gustaría que Ud. fuera uno de nuestros invitados de honor".

Y etc.

Yo entonces viajo de Italia a Santiago, pero estando ya en el lugar de la exposición, él no estaba allí en la puerta para recibirme --como habíamos acordado por teléfono minutos atrás, durante mi trayecto

hacia allí. Funcionarios del establecimiento me comunican que no había silla para mí en el acto de inauguración al cual yo estaba invitado por el organizador, y ni tampoco me dejaron entrar a la sala donde se desarrollaba el acto, pues "está todo lleno".

Bien, paso por alto la inauguración y entro a ver la exposición fotográfica y de documentos sobre el amigo íntimo y compañero de luchas a que se refería el evento. Y me encuentro con estas sorpresas:

Mi nombre había sido omitido de todos los documentos o fotografías en los cuáles probablemente debía estar --incluso "por ley", si se apelase al 'derecho de autor' en uno de los casos.

Sobre el personaje en cuestión, 'Ábel', se me informa --oficialmente por el organismo estatal que financió la exposición-- que él era el organizador y responsable de la exposición y sus materiales allí puestos, textos que los integraban, etc.

A la salida de la exposición, y ante una queja de mi parte, 'Ábel' prometió corregir lo reclamado por mi --después de todo una de las omisiones se trataba de hechos históricos. Pero nunca lo hizo. En esa misma oportunidad, y a iniciativa mía, quedamos de tener una reunión al otro día en mi hotel, que convenientemente estaba solo a pasos de la sala de exposiciones.

El lector adivina bien: 'Abel' nunca se presentó a la cita. Ni llamó o envió mensaje para disculpar su ausencia. Lo que no fue ninguna sorpresa para nadie de los conocedores del asunto.

Un tipo "sinvergüenza", como lo definió en una oportunidad un candidato a la presidencia de Chile.

Pensando en la frase de Strindberg, en lo que Jean le dijo a Kristin ¿me odiaba este sujeto precisamente por no querer reconocer la ayuda que alguna vez había recibido de mi parte?

¿Tanto ofende la directa solidaridad? ¿Tanto puede empequeñecer el alma del que la recibe?

En mi experiencia en los laberintos de la psiquiatría, tanto académica como clínica, me he encontrado a menudo que conductas humanas "anómalas" no siempre obedecen a esquemas de psicopatologías clásicas - en las que tenemos la tendencia a etiquetar y clasificar esas conductas.

Ni siempre se tipifican en personajes literarios tipo el *Javert* de "Los Miserables" o el *Jean* de "Fröken Julie". A veces son tan suigéneris, que rebalsan la comprensión, y llaman solo a la compasión.

El compañero de liceo

En 1957 estábamos en tercero humanidades, en el Liceo de Hombres N° 1 de Concepción. Dentro de ese curso teníamos un grupo de amigos, cuyo núcleo principal estaba compuesto por Miguel Enríquez, Darío Ulloa, Eduardo Trucco, y el autor. Los nombrados constituían una identificable *patota*.

Es decir, nos sentábamos vecinos en los pupitres de clases que estaban en filas de a pares (dos adelante y dos atrás, en la fila que daba a la ventana); salíamos al recreo siempre juntos, lo mismo a la cafetería en los recreos. Y por supuesto, salíamos en patota del liceo, y de allí diariamente al mediodía hacíamos nuestro paseo desde Víctor Lamas a las calles céntricas de Concepción en el mismo cotidiano circuito. Además, dos de ellos hacíamos frecuentemente “la cimarra”; esos eran Miguel y yo.

Otros nombres que recuerdo de ese curso son mi hermano Mauricio, Alfredo Gordon, Gustavo Villagrán, Rodrigo Rojas, Claudio Sepúlveda, Raúl Jara, Pedro Valdés, etc. También amigos nuestros, pero con menor grado de frecuentes actividades junto con nosotros.



El viejo Liceo de Hombres N°1 de Concepción

(Una particularidad es que todos los nombrados llegaron con los años a egresar de la misma Universidad de Concepción. Más de la mitad de ellos estudiaron medicina.)

Había también otros nombres, como por ejemplo José Casals, el Gato Reeves, Claudio Sepúlveda, Raúl Jara, Rodrigo Rojas...y 'Saúl', etc.



Como decía, nuestra patota de cuatro amigos solía salir compacta a los recreos. Los pasillos afuera de las aulas eran amplios, pues se trataba de un enorme edificio (foto a continuación) y de antigua construcción.

Esto permitía que los cuatro caminábamos por los pasillos, abrazados en patota de fila enfrente, en dirección a las escaleras y de allí a la cafetería.

En foto arriba, el mismo grupo de alumnos, un año después, en el cuarto A, 1958. En círculos y por orden alfabético (nombrados en este episodio): 1= Miguel Enríquez, 2= el autor, 3= Saúl, 4= Eduardo Trucco, 5= Darío Ulloa. Un personaje importante en este relato, León Scheinwald, también alumno del liceo, en la foto aquí abajo. Tenemos 13-14 años.



--ooOoo--

En una de estas caminatas, salidos un poco atrasados de la puerta de la sala de clases, ya abrazados en la patota caminante de los cuatro, alcanzo a ver que, en el costado derecho de nuestro camino, algo atrás en el pasillo, un alumno del Liceo muy corpulento -León Scheinwald- está golpeando en el suelo a Saúl, uno de nuestros compañeros de curso.

Saúl, hijo de un dirigente de un sindicato de trabajadores de Concepción, a pesar de tener una altura algo mayor que la mediana entre los alumnos de nuestro curso, tenía una complexión física más bien delgada, su cara de tinte pálido y con ojos grandes poblados de pestañas.

Era él además algo tímido --explicable hasta cierto punto porque era a menudo objeto de un bulling por parte de muchos de los

pequeños burgueses en el curso, los que, con correspondiente crueldad pequeñoburguesa, se ensañaban dando a Saúl denigrantes apodos.

Al ver la escena del abuso físico, yo me detengo, y –por eso explicaba la manera de caminar en patota por los pasillos– trato de zafarme de la línea de mis amigos, los que me protestan porque con mi maniobra estoy obstaculizando/deteniendo la marcha de la línea.

Creo en ese momento que mis amigos Miguel, Darío y Eduardo no se habían dado cuenta de la situación. De otra manera ellos también habrían reaccionado a la primera. Pero con los años también he pensado que el incidente no les importó; porque era solo uno más en una cadena de abusos a Saúl, algo que constituía una constante en el paisaje de interacciones sociales del curso 4º A de humanidades.

De tanto repetirse pasaba a ser uniforme. Y de uniforme pasaba a ser desapercibido.

El hecho es que yo me desprendo del grupo caminante, me abalanzo en contra del “guatón” Scheinwald --quien en ese instante está encima del frágil Saúl golpeándolo con ayuda de su poderosa corpulencia corporal, dándole golpes por un lado y por el otro.

Remuevo al abusador que golpea a Saúl, y como se decía en ese tiempo, “le saco la cresta” (una buena paliza). El abusador quedó sangrando por la nariz.

Saúl, quedando muy mal por los pesados golpes del guatón Scheinwald, había quedado en posición inerte, sentado en el suelo del pasillo y apoyándose en la espalda. Yo le estiro la mano para ayudarlo a levantarse.

Pero él me la rehúsa. . . y me mira con ojos de furia.

--ooOoo--

Aparentemente, Saúl nunca me perdonó que haya acudido en su ayuda.

De hecho, o de casualidad, nuestros caminos se fueron cruzando. O más bien, su destino me fue siguiendo, año tras año, en calidad de opositor irracional y permanente a todo lo que yo hacía. Fue como mi *Javert* particular.

Cuatro años más tarde, ya teníamos 18 años, y él estaba militando en la misma célula de la Juventud Socialista dónde yo era jefe (el núcleo Espartaco). Fue el único que votaba en mi contra, desde que

me eligieron jefe de núcleo a las siguientes mociones. Cuando nos fuimos –el grupo de Miguel Enríquez– del Partido Socialista en febrero de 1964, Saúl se quedó con el sector oficialista y mayoritario dirigido por el senador Raúl Ampuero.

Luego, en la universidad, yo empecé a estudiar Filosofía, paralelo a mis estudios en la Escuela de Leyes. Sin mayor sorpresa, me encuentro que él también se matriculó en la carrera de Filosofía al año siguiente.

Ya en el MUI (el Movimiento Universitario de Izquierda, un frente amplio de estudiantes que operaba en el movimiento estudiantil de la Universidad de Concepción) se opuso a mi candidatura a presidente de estudiantes de filosofía, cargo al que fui elegido de todas maneras. Y al año siguiente, cuando él quiso ocupar el mismo cargo –yo no me opuse en absoluto.

Lo mismo hizo él después que dejé mi cargo en el Consejo Superior de la universidad, puesto que a esas alturas (1969) ya había comenzado a trabajar como docente de la universidad.

En cada foro, reunión o discusión en el seno de las organizaciones en que nos pudimos encontrar, Saúl se oponía públicamente a todo lo que yo pudiera hacer políticamente.

Lo último fue oponerse en plena asamblea del MUI, a que yo fuera elegido candidato rector de la Universidad de Concepción por la lista MUI –que era la línea de Miguel Enríquez.¹⁹ Saúl llegó al punto de propiciar una lista electoral conjunta con los partidos del reformismo, para llevar como candidato a rector a otro profesor (no del MIR/MUI). O sea, todo lo contrario, a lo que planteaba la Comisión Política sobre la elección a rector en Concepción. Al poco tiempo vino el golpe de Pinochet y las elecciones nunca tuvieron lugar.

Y aquí termina esta ilustración –a partir de mi propia experiencia personal– de cómo el tenderle una mano a alguien, podría ocasionar un efecto no-deseado de quién la recibe, después de recibirla.

¿Y Scheinwald? A los días éramos de nuevo amigos y compañeros de liceo. Nunca me guardó ningún rencor.

¹⁹ Detalles de este episodio en Guillermo Fernández Stevenson (2019) *La Rebelión de Miguel*, Chiado Books. ISBN-13: 978-9895234288.

Zeta

"En cuanto a mí respecta, me desperté esta mañana con la noción de que la prueba de esta tesis no es si la fantasía puede ser verdad, pero si la verdad puede ser posible. "

Ahogándome en el mar

En un domingo de junio, padeciendo un prolongado atardecer de esos veranos con tiempo social pronosticado, como se dan en el monótono puerto de Vaxholm, me refugio del aburrimiento parando mi caminar en el viejo malecón.

Allí, en la frontera del mar, unas gaviotas regalan un número de danza de cadencias acompasadas, pero dirección imprevisible. Su voráGINE contrasta con la profundidad de esos colores, de lo inerte de las aguas que abrazan en silencio al malecón abandonado. El silencio sepulcral destinado para siempre acompañar al abandono. Cuando el alma solo es capaz de escuchar a su tristeza.

Así, mientras me acerco, voy preguntándome cómo un ritmo tan zigzagueante es capaz de devolver un sentimiento de calma. ¿Será como cuando el compás de los vaivenes del tren, y de su eco repetido en los palos sujetando los rieles, nos aletarga? Me preguntaba si por eso se llaman durmientes.

Y en eso, el recuerdo de aquellos viajes a través de parajes natales se salió de su morada, que es la memoria olvidada, y me preguntó directamente si acaso era esa la razón por qué me vine al malecón – a observar los barcos rasguñando las distancias del horizonte.

No el ansia hacia tierras ignotas por no haberlas jamás conocido. Ya tenía bastante de ellas. Sino tal vez a tierras conocidas que lo mismo llegaron a ser ignotas, pero por el olvido. El olvido no es otra cosa que la repetición de una orden a nosotros mismos, de no recordar lo que nos ha herido por acción u omisión, por presencia o por ausencia. La nostalgia es lo contrario al olvido. Es el recuerdo de lo noble, de lo que hemos sentido como bello.

La onomatopeya ineludible del tren vuelve una vez más, como en los sueños. Taráh-taráh, taróh-taróh, taráh-taráh... 'Caballito Blanco, llévame de aquí'... Taráh-taráh.

Y así, mientras estaba ensimismado en la monotonía de preguntas evocadas por la distancia, recibo de repente un tremendo golpe en la parte superior de la espalda, y caigo al mar abruptamente, golpeando las olas primero con los ojos.

Mientras me ahogo, noto que he perdido la sensibilidad de ambas piernas. Debe ser el frío, voy tocando fondo, y pienso que siempre es frío en el fondo de las cosas.

No puedo respirar, pero aún puedo pensar. Puedo fantasear con todo menos con la muerte, porque la muerte es ahora mi realidad. Y ahora mi realidad son también los sueños de lo que dejé sin hacer en la vida.

Un minuto, a lo menos, debe haber pasado desde que me caí.

Se vuelve cada vez más oscuro. Puedo escuchar mis pensamientos, pero no puedo sentir mi cerebro.

Tengo los ojos abiertos y me pongo a llorar. Incluso pienso que de nada sirve llorar con los ojos abiertos si los rodean las aguas negras en las profundidades del Mar Báltico.

Es como mirar la expresión surrealista de una multitud automática, como esas que se juntan por azar para asolearse en las plazas bajo un cielo nublado.

El agua negra en el fondo del mar es anodina y al mismo tiempo anónima. Como una muchedumbre que grita su silencio. Como goles sin celebración en un partido de fútbol.

Ahora ya no escucho los latidos de mi corazón. No importa, supongo, ya que tampoco volveré a escuchar los latidos de los demás.

Aún puedo recordar el aroma de tu cabello o la pasión en tus ojos. Aún puedo tocar tus formas; pero ahora tú también te vuelves difusa.

Bueno, este es el final, y no hubo dioses ni demonios. ¡Oh, cómo deseo ahora tener todavía un corazón! Al menos lo suficiente para decir tu nombre. Toca mi mano...

Como se entendió en el relato anterior, cerca de las rocas afiladas de Vaxholm, una situación terrible provocó mi caída al mar, donde me estaba ahogando.

Un hombre que fue testigo de todo, y que fue el me me rescató, vendrá en poco tiempo a encontrarme. Me ha prometido que me contará todo lo que él sabe de lo que realmente sucedió ese domingo. Tengo que explicar que incluso si todo eso sucedió hace un año, hasta ahora él se había negado a decirme toda la verdad. Y realmente espero que haya tenido una buena razón para eso. Veremos.

Me siento un poco nervioso, incómodo, no por la espera sino por el encuentro. ¿Dónde diablos está él ahora? ("El infierno está en medio del paraíso, pero el paraíso está en el centro del infierno", me dijo él una vez).

Bueno, si me quejo con él y le digo, inquieto, "oye, el tiempo pasa", seguramente responderá "no, el momento llega ". Es inútil. Ha anunciado que vendrá con su barco. Algunas veces todo esto puede resultar muy irritante.

Pero, por otro lado, literalmente me salvó la vida justo después de que la puerta de la esperanza se cerrara detrás de mí. Después de ese tipo de suceso -cualquiera podría entender esto- la vida no puede ser igual para una persona. O, como diría mi amigo, "tal persona no podrá ser la misma para la vida". Me resultaba extraño que, para una

persona como él, que nunca opina si uno no le pregunta, de todas maneras, siempre tiene una respuesta. Me acuerdo. Por ejemplo, cuando le conté lo del frío que sentía en el fondo del mar adyacente al malecón, me dijo:

--“Por favor, más respeto, en primer lugar, es el malecón el que se puso adyacente al mar, y sin siquiera que la naturaleza lo haya invitado”.

--Sí pero mi punto es que hacía un frío intenso, le digo.

-- “Que *sentías* un frío intenso”, me responde, y continúa:

--“En segundo lugar en el fondo del mar la temperatura es igual para todos, es más democrática que en la sociedad, en la que como se dice, ‘algunos hombres son más iguales que otros’.

--“Bien, pero de todas maneras el fondo del mar ofrecía espectáculos de belleza”, le digo, tratando de volver al tema de mi experiencia.

--“Sí, por cierto”, me dice, “pero la belleza que deslumbra a los ojos no es la misma que la que impresiona al alma. Por ejemplo, la belleza joven nos da calidez con su armonía, pero lo más hermosa es su piel, lo más fría puede ser en su fondo, porque le falta la experiencia. Al contrario, la hermosura de una mujer madura está en las pruebas que enfrentó en la vida, en las que venció, y sobre todo en las que

perdió con su honor intacto. Como las aguas que por siglos bañan a las aguas en el fondo que circunda al malecón”.

Nos hemos reunido varias veces desde que me rescató de esas aguas, y siempre nos hemos visto en plena naturaleza. Al principio sentí que tenía que escucharlo como una cuestión de gratitud social. Luego, con el tiempo, comencé a darme cuenta de que de lo que realmente me había rescatado era de la vida que había llevado hasta ese inesperado encuentro con la muerte.

También tengo que explicar que todavía sé muy poco, o dicho de esta manera, este hombre todavía me sorprende, y mucho. Creo que incluso podría llamarlo mi amigo, pero aún no estoy seguro de su nombre o de dónde viene. Mientras me subían a la ambulancia, logré preguntarle por primera vez quién era. Dijo, sin rodeos, "un hombre". Más tarde, cuando le pregunté su verdadero nombre, respondió abruptamente: "mi verdadero nombre es Z".

Quizás fue una estupidez preguntarle su nombre "real", especialmente porque pensé que no había mencionado ningún nombre en absoluto (Z me dijo, probablemente notando mi vergüenza, que aún peor es preguntarle a la gente sus nombres "irreales", solo porque parecen un poco misteriosos).

Hablando de misterio, no recuerdo muchos detalles de los hechos inmediatamente antes del accidente, si fue un accidente.

Tampoco recuerdo los detalles del rescate. Sin embargo, recuerdo las palabras de Z después de "despertar", si se me permite describirlo así, pues fue un despertar en significado doble.

Esto es lo que me dijo entonces, cuando yo estaba acostado en la orilla mirando al cielo, tratando de identificar qué eran esas cosas, esos puntos, que parecían estrellas. Entonces escuché a este hombre decir "*son* estrellas", y continuó con mucha calma:

--"Las estrellas tienen poesía sólo para quien contempla el más allá y se olvida de la multitud. No miren las estrellas juntos; mírelos en su lugar uno a la vez. Puesto que cada estrella tiene un alma propia, y dos almas iguales formarán un universo".

Z estaba de rodillas a mi lado mientras presionaba mi pecho con sus manos. Muchos papeles, mi billetera, mi tarjeta de identificación para el trabajo, e incluso la pesada bolsa que llevaba en la espalda cuando me caí estaban esparcidos por las rocas. Luego se inclinó hacia mí y me susurró estas dos frases al oído. Dijo (lo recuerdo muy bien, y que entonces me trataba de Usted):

--"Pido disculpas por haberlo rescatado de que se ahogara", y agregó enseguida,

--"Pero gracias por permitirme salvar su vida".

--"No le entiendo", le dije:

--"Por supuesto que no", me respondió, "usted es psicólogo".

--ooOoo--

Pasó algún tiempo antes de que yo pudiese tener alguna claridad sobre ese hombre, y sobre el contenido de sus crípticos mensajes. Él tenía la posibilidad de hacer que la lógica educada sonara como una tontería. Si Ud. decidiera seguir leyendo esta historia, una historia verdaderamente arrebatada de la realidad, tampoco estará al final de ella tan seguro de que la "razón" es tan "racional", o de que "surrealista" es algo opuesto o diferente a lo real, que de hecho se refiere a lo definitivamente existente.

Solía pensar que siempre, o casi siempre, sucedía algo dramático cuando conocía a este hombre, Z. Pero de alguna manera me había demostrado que, de hecho, había habido episodios dramáticos en mi vida poco antes de conocernos. No lo sé. Quizás sea tan simple como lo expresó en una de nuestras últimas conversaciones:

--"La afirmación de que incluso los hechos más simples o cotidianos pueden ser significativos o dramáticamente hermosos para nuestros sentidos, dependiendo del significado que les demos, puede parecer un lugar común. Pero menos conocida es la magia de mirar intensamente a las propias manos para identificar dentro de nosotros lo incorrecto: creer que el amor es lo que estamos acostumbrados a tener, en vez de comprender que el amor que llamamos imposible es el que tememos tocar."

--"Pasión únicamente, puede que no sea amor total. Pero el amor sin pasión no es vida", dijo Z, además.

Ahora mismo recuerdo que hace algún tiempo, estando en este mismo lugar, había empezado a comentarle a Z que "Lidingö, desde el mar, es un paisaje hermoso, es una pena que ..." y luego me interrumpió enfadado diciendo:

--"¿Has pensado en lo que piensa el paisaje de ti?"

Aprendí desde una etapa temprana en nuestro contacto que una forma de llegar a él es mencionando los colores, así que le pedí que me dijera su opinión sobre los colores que podíamos ver en la orilla. Y luego dijo:

--"Siempre he creído que la bandera sueca se creó en otoño. Quizás algún marinero inspirado viendo la costa desde este lugar, a última hora de la tarde".

Y luego agregó:

--"Puedes ver lo que quieras ver y posiblemente olvidar lo que no quieres sentir. Pero el amarillo intenso de las hojas al enfrentarse con decisión al azul ad infinitum de un cielo vespertino de septiembre, eso permanecerá".

--"¿De verdad estás hablando de la bandera sueca?", le pregunté sorprendido, y aún más sorprendido con la respuesta de Z:

--“Si un verdadero hombre sintiera amar con verdadera pasión a una mujer de este bosque, buscaría los ojos más azules, el cabello más rubio y con un *tucilago*²⁰ adornando su alma. Su pecho debe ser redondo como la copa de sus manos; sus labios deben ser rojizos como la punta de su lanza”.

--ooOoo--

²⁰ Flor silvestre que crece en Suecia al comienzo de la primavera.

Me tomaría un año entender a qué se refería Z. Al principio, respondiendo a mi repetida curiosidad, solía decir, humildemente: “Solo tengo algunas palabras para describir lo que se me permite percibir; pero las palabras para describir lo que se me permite admirar pertenecen a la naturaleza”.

Pero un día lo vi de lejos, de rodillas, haciendo dos tazas con la palma de la mano, poniéndolas primero juntas y luego, por separado, en el suelo. Cuando me aproximé vi que debajo de cada mano había un papel escrito a mano, como una carta dividida en dos partes.

Cuando de repente me descubrió, en medio de mi vergüenza, simplemente se sentó y dijo con calma, mientras doblaba una carta manuscrita que obviamente había releído más de cien veces:

--“Cuando la naturaleza decide hablar a través de sus más bellos colores, toma la forma de una mujer enamorada”.

--“Entonces, Z”, dije, “¿Quizás algún día vas a contarme tus experiencias?”

-- “Tengo experiencias de las que no voy a hablar, pero sobre todo tengo un destino. Y no son mis experiencias, ni las experiencias de cualquier otro, lo que podría ser de ayuda para tu desarrollo. Más bien, es la forma de entender la vida -y tu posición en el centro de su destino- lo que pone la vida en medio de tu alma. Todo ese camino

tiene un código, que te describiré algún día, con la ayuda del cáliz del amor”.

Esa fue la primera vez que Z me contó lo que iba a resultar en la esencia de esta historia. Esto me recuerda que se está haciendo tarde, me pregunto si vendrá, podría haber pasado cualquier cosa. Z no es en absoluto alguien a quien puedas llamar "predecible".

Sobre cuando, y el por qué, los humanos están más tristes que lo habitual

Inevitablemente, una vez le comenté a Z la suerte que yo tenía de que todo lo que me había sucedido, fue justamente en el verano.

Dije algo así, que, durante el verano, la tranquila reunión de gente alrededor de la costa, debido al clima cálido, probablemente hace que sea más posible que alguien como él pueda observar lo que está pasando, y luego pueda venir a rescatarme, etc.

Él me interrumpió abruptamente y dijo:

--“No, no lo entiendes, es al revés: como la gente tiene más tiempo y el tiempo es igual que en verano, pueden lastimarse más durante el verano en los puertos, las playas y en el mar”.

En ese momento, su comentario no encajaba con lo que he aprendido sobre el asunto.

--"Es de conocimiento común que más personas mueren por ahogamiento durante el otoño y la primavera, según la epidemiología de lesiones fatales", dije.

Z respondió:

--"No, no lo entiendes". Esas cifras se aplican principalmente a las personas que se suicidan".

¡Ajá! Dije que no lo intentan en verano, a causa de ellos saben que la gente podría rescatarlos.

--"No", dijo Z, "Las personas que intentan suicidarse seriamente, no razonan en esos términos. Su creencia es probablemente la opuesta, que la gente no los rescataría. Su convicción es que a la gente le importa un bledo su suerte, y probablemente por esa convicción han decidido suicidarse". Y agregó:

-- "Si se suicidan más en primavera y otoño, no es un caso de clima o ritmo natural. Es el ritmo humano el que está alterado. En otoño está la angustia de un verano más sin la realización del amor, y en la primavera es el miedo de un verano más sin contacto humano".

-- "¿Pero, por qué"? Yo pregunté.

Z responde:

--"Porque la soledad y el aislamiento late más fuerte cuando te privan de tener sueños."

--Y, por cierto, la gente en el verano está tan ocupada aburriéndose o excitándose, que apenas pueden notar la diferencia entre nadar y caerse", él agregó.

Entonces, una vez más tuve que corregirme y darme cuenta de que la verdad no siempre está en artículos y libros. Pero no siempre me resulta fácil aceptar que él tiene razón en cosas en las que se supone que soy experto, debido a mi profesión.

Así que le dije a Z, fingiendo que me estaba "rindiendo" ya que el tema era bastante aburrido y seco:

--"Muy bien, decimos lo que desee: todas las personas en Suecia se suicidan más en otoño y primavera, y eso es todo".

Y realmente pensé que después de mi último comentario, Z, o la verdad, o lo que sea, me dejarían en paz. Otra vez estaba equivocado. Z dijo después de una larga pausa:

--"No, no todas las personas. Los inmigrantes se suicidan más en el verano. Lo entenderás el día que te cuente la verdadera historia del mito de Sísifo".

Matar abrupto, muerte indolora, duelo insufrible

El centro del Archipiélago es el centro de muchas cosas. Está, sin duda, en el centro de lo que la gente aburrida llama "contraste". El Archipiélago es probablemente el único lugar lujoso alrededor de Estocolmo donde la única forma de disfrutar de la naturaleza es a través de la mayoría de los recursos anti-lujosos. Ahora se acerca.

Mi amigo Z llegará en un bote, un viejo velero de madera, y me recogerá entre los ruidos del gran motor de las lanchas a motor "hechas por y para plástico", como él solía decir.

En realidad, la primera vez que vi su bote, y posiblemente dándome cuenta de que lo estaba mirando intensamente, dijo, a modo de saludo, mientras nos estrechábamos la mano:

--"Espero que no sea lo suficientemente sofisticado para ti".

Todavía me pregunto qué quería decir Z realmente con eso. ¿Es porque la gente puede hacer de toda una moda? Y si es así, ¿quiso decir que ser "poco sofisticado" también podría ser convertido en un

estilo? ¿Una tendencia más en la que intentamos competir en la carrera de las poses? No sé. Le pregunté, pero no quiso comentar.

Allí, en esa isla de paisaje, vive una hermosa amiga mía. Me gusta mucho conversar con ella, y la conozco de nuestros tiempos de estudiantes en la universidad. Cuando habla es como ver perlas caer en un mar transparente.

En realidad, su nombre real, si los nombres se pudieran traducir es, en inglés, "Light". Además, Luz es una mujer hermosa. Hace algunos años me dijo una verdad terrible. Y junto con su historia vino también, pero una verdad para entender, que la gente hermosa puede decir cosas tan terribles de una manera tan sencilla.

Lo que me dijo fue que una vez en la carretera hacia el sur, con su esposo conduciendo, un pájaro en vuelo chocó de repente contra el parabrisas. Se detuvieron y vieron la agonía del pájaro. Ambos querían cuidar al ave, y al mismo tiempo se dieron cuenta de que de todas formas moriría por las heridas. Dado que ambos son médicos y los médicos son naturalmente más propensos a hablar de ética que de medicina, de repente se encontraron frente al siguiente dilema:

Hay dos formas de matar a un pájaro en agonía tirado en medio de la carretera. Una forma es matarlo lentamente, dejándolo seguir vivo en agonía. La otra forma es terminar su vida rápidamente, consciente de que el accidente había sido inevitable. Nunca les pregunté qué

pasó con el pájaro, que ciertamente murió. Quizás necesitaba encontrar la respuesta por mí mismo, y estaba reflexionando sobre eso cuando Z me sorprendió con su silenciosa llegada.



Retrato de mi amiga Luz, quien aparece referida en uno de los relatos de este libro. Lo pinté en Lidingö, al tiempo de los sucesos narrados.

APÉNDICE 1. Mapa de Östermalm y Lidingö



APÉNDICE 2. La 'gallería de arte' en el cuento La Mujer de Walter



APÉNDICE 3. Las escaleras mecánicas de la estación Östermalm – Video

<https://www.youtube.com/watch?v=z0BvU4cuq2o&feature=youtu.be>





Marcello Ferrada de Noli, Doctor of Medicine in psychiatry and professor emeritus, is a Swedish writer whose work examines human behavior, memory, and social experience. Author of several books in psychiatry as well as in political philosophy and historical investigation, he also writes fiction exploring the psychological patterns that shape personal decisions and relationships. Chilean-born, he has lived and worked in several European countries and currently resides in Italy.

La mujer de Walter y otras historias reúne cuatro narrativas que transitan entre la experiencia vivida y la ficción declarada, explorando las zonas más complejas y contradictorias de la conducta humana.

A través de episodios situados en Estocolmo y Chile —en galerías de arte, espacios íntimos, instituciones militares y paisajes de memoria— el autor examina la fragilidad del juicio, la ilusión amorosa, la dignidad, el poder, la traición y las estructuras psicológicas que determinan nuestras decisiones.

Algunos relatos se apoyan en experiencias personales que funcionan como material de observación; otros son plenamente ficcionales.

En todos los casos, la intención no es autobiográfica sino analítica: indagar en patrones de comportamiento que trascienden la biografía individual.